

¿qué es una revolución?

de la Revolución Rusa de 1917
a la revolución en nuestros tiempos



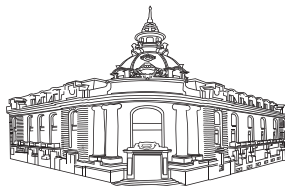
ÁLVARO GARCÍA LINERA

¿QUÉ ES UNA REVOLUCIÓN?

Álvaro García Linera

¿QUÉ ES UNA REVOLUCIÓN?

de la Revolución Rusa de 1917
a la revolución en nuestros tiempos



Vicepresidencia del Estado
Presidencia de la Asamblea Legislativa Plurinacional
BOLIVIA

ÍNDICE

I.- La revelación	11
II:- La Revolución como <i>momento plebeyo</i>	15
El significado de la revolución rusa	19
Las antinomias aparentes de la revolución	31
III.- Revolución y Socialismo	57
El socialismo no es la estatización de los medios de producción	67
La base material de la continuidad revolucionaria: la economía.....	80

Estamos viviendo tiempos salvajes. Es difícil para la gente de nuestra generación adaptarse a la nueva situación. Pero a través de esta revolución, nuestras vidas se purificarán y las cosas mejorarán para los jóvenes.

S. SEMYONOV, PRIMAVERA DE 1917*

* En Figes, O., La Revolución rusa 1891-1924. La tragedia de un pueblo, Edhasa, España, 1990.

I.- LA REVELACIÓN:

LA REVOLUCIÓN SOVIÉTICA DE 1917

Su estallido dividió el mundo en dos; más aún, dividió el imaginario social sobre el mundo en dos. Por un lado, el mundo existente con sus desigualdades, explotaciones e injusticias; por otro, un mundo posible, de igualdad, sin explotación, sin injusticias: el socialismo. Sin embargo, eso no significó la creación de un nuevo mundo alternativo al capitalista, sino el surgimiento, en las expectativas colectivas de los subalternos del mundo, de la creencia movilizadora que era posible alcanzarlo.

La revolución soviética de 1917 es el acontecimiento político mundial más importante del siglo XX, pues cambia la historia moderna de los Estados, escinde en dos y a escala planetaria las ideas políticas dominantes, transforma los imaginarios sociales de los pueblos devolviéndoles su papel de sujetos de la historia, innova los escenarios de guerra e introduce la idea de otra opción (mundo) posible en el curso de la humanidad.

Con la revolución de 1917, lo que hasta entonces era una idea marginal, una consigna política, una propuesta académica o una expectativa guardada en la intimidad del mundo obrero, se convirtió en materia, en realidad visible, en existencia palpable. El impacto de la

Revolución de Octubre en las creencias mundiales –que son las que al fin y al cabo cuentan a la hora de la acción política– fue similar al de una revelación religiosa entre los creyentes, a saber, el capitalismo era finito y podía ser sustituido por otra sociedad mejor. Eso significa que había una opción diferente al mundo dominante y, por tanto, había esperanza; en otros términos, había ese *punto arquimediiano* con el que los revolucionarios se sentían capaces de cambiar el curso de la historia mundial.

La Revolución rusa anunció el nacimiento del siglo XX¹, no solo por el cisma político planetario que engendró, sino sobre todo por la constitución imaginaria de un sentido de la historia, es decir, del socialismo como referente moral de la plebe moderna en acción. Así, el espíritu del siglo XX fue revelado para todos; y, desde ese momento, adeptos, opositores o indiferentes tendrán un lugar en el destino de la historia.

Pero así como sucede con toda “revelación”, la revelación cognitiva del socialismo como opción realizable, vino acompañada por un agente o entidad canalizadora de este *des-cubrimiento*: la revolución.

Revolución se convertirá en la palabra más reivindicada y satanizada del siglo XX. Sus defensores la enarbolarán para referirse al inminente resarcimiento de los pobres frente a la excesiva opresión vigente; los detractores la descalificarán por ser el símbolo de la destrucción de la civilización occidental; los obreros la convocarán para anunciar la solución a las catástrofes sociales engendradas por los burgueses y, a la espera de su advenimiento, la usarán –al menos

1 Hobsbawm sostiene que el “corto siglo XX” se habría iniciado con la Primera Guerra Mundial y finalizado con la caída de la Unión Soviética en 1989. Preferimos hablar de la Revolución rusa como punto del inicio de siglo porque, a diferencia de la Primera Guerra Mundial, que significó una nueva fase de la ininterrumpida mutación de la geografía estatal continental, los efectos de la revolución polarizaron, como nunca antes había sucedido, la lucha política a escala mundial. Véase Hobsbawm, Eric J., *Historia del siglo XX. 1914-1991*, Editorial Crítica (Grijalbo Mandadori), Barcelona, 1995.

como amenaza— para dinamizar la economía de concesiones y tolerancias con la patronal, lo que dará lugar al Estado de bienestar. En contraparte, los ideólogos del viejo régimen le atribuirán la causa de todos los males, desde el enfrentamiento entre Estados y la disolución de la familia, hasta el extravío de la juventud.

En los debates filosóficos y teóricos, la revolución será para unos la antesala de una nueva humanidad por venir, el estruendo que desata la creatividad autoconsciente y autodeterminada de la sociedad. En cambio, para la curia del viejo régimen, será la anulación de la democracia y la encarnación diabólica de las oscuras fuerzas que intentan destruir la libertad individual. Sin embargo, lejos de vislumbrar una degeneración del debate, esta derivación religiosa de los argumentos en pro o en contra de la revolución, refleja el profundo enraizamiento social que desató el antagonismo revolución/contrarrevolución, que incluso llegó a movilizar las fibras morales más íntimas de la sociedad.

En definitiva, la revolución (ese hecho político-militar de las masas que toman por asalto el poder político, esa insurrección armada que demuele el viejo Estado y levanta el nuevo orden político), será la intermediaria privilegiada y portadora de una opción realizable de mundo. Y alrededor de este suceso se construirá toda una narrativa de producción de la historia futura, con tal fuerza que será capaz de movilizar las pasiones, sacrificios e ilusiones de más de la mitad de los habitantes de todos los continentes.

A partir de 1917, la lucha por la revolución, su preparación, realización y defensa, captarán no solo el interés y laboriosidad de millones de personas, sino la voluntad y predisposición a esfuerzos y sacrificios pocas veces antes vistos en la historia de la humanidad. Clandestinidad, carencias materiales, torturas, encarcelamientos, destierros, desapariciones, mutilaciones y asesinatos, se constituirán

rán en el costo ilimitado que miles y miles de militantes estarán dispuestos a pagar para alcanzarla. Tal será su capacidad de entrega a la causa revolucionaria, que la mayoría de ellos soportará cada una de las estaciones del suplicio aun a sabiendas que, con mucha probabilidad, no serán capaces de disfrutar de su victoria. Y esa entrega con devoción al sacrificio histórico, con la confianza de que la siguiente o subsiguiente generación pueda presenciar el amanecer humano producido por la inminente revolución, nos remite a la presencia de un tipo de “gasto heroico” bataillano² en torno a ella y a los revolucionarios; de hecho, se trata del derroche y generosidad de esfuerzo humano más planetario (geográficamente) y más universal (moralmente) de la historia social.

En los últimos 100 años morirán más personas en nombre de la revolución que en nombre de cualquier religión, con la diferencia de que en el caso del sacrificio religioso, la entrega se da a favor del propio espíritu del sacrificado; mientras que en la revolución, la inmolación es a favor de la liberación material de todos los seres humanos, lo que hace del hecho revolucionario un tipo de producción de comunidad que adelanta episódicamente a la comunidad universal deseada.

2 Véase Bataille, George, *La parte maldita*, Editorial Icaria, Barcelona, 1987.

II:- LA REVOLUCIÓN COMO *MOMENTO PLEBEYO*

En cierta medida, la historia de las sociedades se asemeja al movimiento de las capas tectónicas de los continentes. Internamente, debajo de ellos, hay potentes flujos de lava incandescente que los ponen en movimiento lento pero continuo. Y allí donde una masa continental empuja a otra, pueden visibilizarse fisuras, sismos y terremotos temporales aunque, en general, la fisonomía continental y la predominante estabilidad de la superficie se mantiene. Sin embargo, existen momentos de la vida terrestre en los que las poderosísimas fuerzas interiores de la lava incandescente estallan, rompen la capa externa de la tierra y brotan intempestivamente como mineral y roca fundidos que arrasan todo a su paso. Esa materia en estado ígneo, ardiente, se desborda por la superficie terráquea como un incontrolable caballo de fuego puro. Pero a medida que su fuerza volcánica se enfría, la lava se solidifica y lo hace modificando drásticamente la fisonomía de la tierra, las características de los continentes y la propia topografía de la superficie terrestre.

Las sociedades también son así. La mayor parte del tiempo se presentan como una compleja superficie relativamente tranquila y regulada por las relaciones de dominación. Existen conflictos, tensiones continuas y movimiento, pero son regularizados y subsumidos por las

relaciones de poder prevalecientes. Entonces, debajo de estas relaciones de poder pre-dominantes, hay intensos flujos de fuerzas, luchas de clases, acumulaciones culturales internas que son los fuegos sociales que le dan vida a la sociedad, pero que no son visibles, es decir, que permanecen subterráneos o están sumergidos en la profundidad de las estructuras colectivas nacionalitarias y de clases.

No obstante, existen momentos precisos de la historia en los que la superficie externa de la sociedad, la capa superior de las relaciones de dominación, se resquebraja, tiembla. Y no solo se resquebraja, sino que se parte y se quiebra porque las fuerzas interiores emergen como una lava volcánica. Se trata de las luchas sociales y los movimientos sociales emancipativos que, rompiendo décadas o siglos de silencio, se rebelan contra el orden establecido, se reagrupan subterráneamente, vencen dificultades, temores, represalias, prejuicios y se levantan contra todo lo existente. Es el fuego creador de la lava volcánica, la capacidad creativa de la *multitud en acción* que desborda los dispositivos construidos en décadas y siglos de dominación, los arrasa a su paso desmontando los dispositivos de mando existentes e impone la huella de su presencia colectiva como nación, como clase, como *colectividad social en estado de fusión*, es decir, en estado de democracia absoluta.

Estas explosiones volcánicas de lava social son las revoluciones y emergen desde abajo, desde las fuerzas y capacidades más íntimas tejidas a lo largo de muchos años, que se abren contra todas las “lozas” de sumisión acumuladas en el tiempo, de pronto incapaces de detener la insurgencia social, siendo por tanto rebasadas y arrasadas de la superficie por un flujo de iniciativas, voces y acciones colectivas que se sobreponen a todo. Se trata del momento fluido de la acción colectiva, el momento en que la sociedad no es superficie ni institución ni norma: es flujo colectivo, creatividad ilimitada de las personas. El momento en que la sociedad se construye a sí misma, sin externalidades ni sustitutos. La revolución es el *momento plebeyo* de la historia, el momento

autopoiético si se quiere, en el que la sociedad en su conjunto se siente con capacidad de auto-crearse y autodeterminarse.

Mientras dura la revolución, la sociedad es movimiento creativo en estado ígneo, es decir, en cuanto sus decisiones comienzan a cosificarse o a institucionalizarse, nuevas iniciativas colectivas se superponen para mantener el flujo colectivo en acción. Su movimiento es similar al de la lava volcánica que cuando se enfría empieza a solidificarse, aunque el ímpetu de más flujo de lava que continúa su paso puede volver a fundirla. Las instituciones y relaciones dominantes son precisamente eso: el resultado de antiguas luchas y flujos sociales en estado ígneo (Marx le llama a esto “trabajo vivo”), que con el tiempo se estabilizan (se enfrían) como relaciones sociales, instituciones, juicios y prejuicios socialmente predominantes. Ese es el momento de la solidificación del flujo social (Marx le llama a esto “trabajo muerto”). La *forma estatal* es fruto de antiguas luchas, capacidades y limitaciones en estado fluido de la sociedad que, al “enfriarse”, al “solidificarse”, se institucionalizan y dejan, como la huella histórica viva de su potencia y de sus límites, a las estructuras estatales y económicas que regirán y regularán la sociedad bajo la forma de relaciones de poder y dominación durante las siguientes décadas, hasta un nuevo estallido.

Mientras la revolución está en pie, es como si todo lo sólido se volviera líquido, pues en cuanto alguna relación social se institucionaliza, inmediatamente vuelve a ser rebasada por una nueva acción colectiva en flujo, que vuelve a superponer el “trabajo vivo”, el hacer en marcha, por encima del “trabajo muerto”, de las relaciones sociales solidificadas y a la larga enajenadas como relaciones de poder. Solo quien ha vivido una revolución puede entender el desborde humano que ella implica: miles de acciones colectivas que se suman y se superponen unas a otras en medio de un caos creador, originando, de manera imprevisible, un torrente que no bien parece enca-

minar todo hacia un solo destino, vuelve a interrumpirse para dar lugar a mil nuevas direcciones contrapuestas; creatividad humana que supera cualquier expectativa previa; coyunturas políticas que se modifican de un minuto a otro; asociación y fragmentación social que se combinan y se suceden de manera anteriormente imposible. Es como si el espacio-tiempo se comprimiera y lo que antes requería décadas y extensos territorios dilatados, ahora se condensa en un solo día y en un mismo lugar pero de manera simultánea en toda la geografía social; como si el universo fuera a nacer en cada instante y en cada lugar del país. Y, entonces, a riesgo de ser devorado por el remolino, hay que asirse para establecer una dirección en medio del caos creador, hay que orientarse para poder orientar el despliegue de ese magma en estado ígneo de la acción colectiva.

El *momento plebeyo* de la sociedad, a saber, la revolución, es pues la sociedad en estado de *multitudo fluida*, autorganizada, que se asume a sí misma como sujeto de su propio destino. Es el momento de conocimiento *sobre sí*, sobre sus capacidades, posibilidades y hasta cierto punto sus límites; y, a partir de ello, su proyección como destino, sueño compartido, proyecto colectivo. Al final, cuando la revolución hace brotar la energía vital contenida de la sociedad y da paso a la solidificación de las cosas, la institucionalización y la regularidad de las relaciones sociales, lo que queda es la correlación de fuerzas del proceso revolucionario hecha ley y derecho colectivo. Por eso, aunque en comparación al resto de la vida institucional y regular de la sociedad, las revoluciones duren poco tiempo en su explosión vital, ellas son las que en realidad la moldean y diseñan las estructuras sociales y las topografías institucionales.

Así como a medida que los volcanes y las grandes explosiones tectónicas (que son en principio lava fluida que se mueve como montañas) se enfrían y se solidifican, y al hacerlo esculpen el nuevo escenario de cordilleras, valles y montañas que caracteriza la superficie

por un largo tiempo; igualmente el *momento plebeyo*, revolucionario, desborda el orden establecido, las leyes y normas del viejo régimen, las disuelve ante la fuerza de la *multitud en acción* y, luego, una vez pasada la cresta de la ola revolucionaria, comienza a cristalizarse en las relaciones de fuerzas que se manifiestan durante el proceso, dando lugar al nuevo orden social dominante, a las nuevas estructuras sociales. Las audacias y retrocesos, los acuerdos e iniciativas desplegadas en el momento revolucionario, ahora se institucionalizan, legalizan, materializan y objetivan como normas, procedimientos, hábitos, juicios y sentido común colectivo que habrá de regular la vida de la sociedad por una *longue dureé* (un largo tiempo), hasta que una nueva explosión revolucionaria se lleve por delante lo construido previamente. Estas estructuras sociales constituidas, si bien siguen siendo relaciones y por tanto flujos sociales, ya no tienen ni la velocidad de fluidez ni la volatilidad del momento ígneo de la revolución. Son relaciones con *fluidez lenta* y hasta cierto punto regulable y, en ese sentido, en constante proceso de solidificación.

Ya sea como fluidez ígnea o como solidificación institucional, las revoluciones marcan la arquitectura duradera de las sociedades. Si triunfan y logran mantenerse por un largo tiempo, o aun cuando se quedan a medias o son derrotadas, lo que queda como relación social visible, estable y dominante es lo que la revolución ha podido lograr, ha tenido que ceder o abdicar. Ese es, por excelencia, el papel creativo que tienen todas las revoluciones en la sociedad. Por ello, no es erróneo señalarlas como momentos fundadores de las estructuras sociales duraderas.

El significado de la revolución rusa

¿En qué consistió esa revolución que logró capturar el imaginario más generoso de los pobres y demostró que no existen límites posibles a la hora del sacrificio por una creencia?

Por lo general, y de manera errónea, la revolución es reducida a la toma de las instalaciones de gobierno –ni siquiera del Estado– por parte de los revolucionarios. Y, evidentemente, ese es el momento más visible, pero no el más importante ni mucho menos el característico de una revolución. En el caso de octubre de 1917, la Revolución rusa quedó graficada con la toma del Palacio de Invierno del Zar Nicolás II por parte de obreros, campesinos y soldados armados. Ciertamente el que el pueblo ocupara militarmente unas instalaciones secularmente vedadas a la presencia de los trabajadores del país fue un momento épico, pero queda claro que esta imagen inmortalizada por el cineasta Sergei Eisenstein³ no es la revolución sino tan solo uno de sus efectos infinitesimales.

Una segunda reducción de la revolución, en términos más políticos, es la referida al hecho insurreccional, es decir, al momento político militar de la acción de masas que culmina con la instauración de un nuevo gobierno y nuevas instituciones de decisión estatal. En el caso de 1917, este hecho se remonta a la decisión magistralmente tomada por Lenin para desencadenar la insurrección, al debate contra las corrientes opuestas y los preparativos militares para desplegar el acto revolucionario⁴. Ciertamente, aquí se condensan intensas correlaciones de fuerzas sociales, reacomodos de clases sociales y profundos debates teóricos sobre el poder, el Estado, las vías de la revolución, etc. Sin embargo, el que un partido político se plantee seriamente la toma del poder por la vía insurreccional no es una ocurrencia asumida intempestivamente. En el caso ruso, ¿por qué los bolcheviques y no otro partido? ¿Por qué en octubre y no en otro mes o año? ¿Por qué a través de un alzamiento armado y no de elecciones? Porque previamente se requirió de un

3 Eisenstein dirigió la película “Oktyabr” (Octubre) en 1928, con la que se consagró como un importante director de cine a nivel mundial, en la cual se narran los acontecimientos ocurridos desde febrero hasta octubre de 1917.

4 Lenin, V. I., *Obras Completas*, T. 18: marzo de 1912 – noviembre 1912, Ediciones Salvador Allende, México, 1978. En adelante, para hacer referencia a los artículos incluidos en esta colección, se utilizará la abreviación OC, seguida del número del tomo correspondiente.

despliegue sin precedentes de las luchas de clases para sacar a luz las “contradicciones que han madurado a lo largo de décadas y hasta de siglos”⁵; se necesitó la emergencia de una predisposición social, una radicalización colectiva de las clases subalternas que por millones⁶ se lancen a las calles, a las asambleas y a los debates públicos sobre el destino común de la sociedad. Se requirió que la propia sociedad cree, por experiencia propia, formas organizativas territoriales que asuman en sus manos la deliberación y control de los asuntos comunes, los soviets, que en los hechos crearon una dualidad de poderes efectiva, sobre la cual los bolcheviques no hicieron más que proponer su realización a escala nacional. Y, por supuesto, también fue necesario un largo y paciente trabajo previo de influencia, presencia y liderazgo político y moral de los bolcheviques en las clases sociales laboriosas, especialmente obreras, que permitiera que sus consignas y acciones no solo hallasen el respaldo de las clases laboriosas ya insurrectas sino, sobre todo, que sean asumidas, ejecutadas y enriquecidas por ellas⁷. Todo eso representó la revolución en marcha.

Por tanto, la revolución no constituye un episodio puntual, fechable y fotografiable, sino un proceso largo, de meses y años, en el que las estructuras osificadas de la sociedad, las clases sociales y las instituciones se licúan y todo, absolutamente todo lo que antes era sólido, normal, definido, previsible y ordenado, se diluye en un “torbellino revolucionario”⁸ caótico y creador.

5 Lenin, V. I. “Jornadas revolucionarias” (31 de enero de 1905), en *OC*, T. 8, p. 100.

6 “...es síntoma de toda revolución verdadera, la rápida decuplicación o centuplicación del número de hombres capaces de librar una lucha política, pertenecientes a la masa trabajadora y oprimida, antes apática”. Lenin, V. I., “El ‘izquierdismo’, enfermedad infantil del comunismo” (27 de abril de 1920), en *OC*, T. 33, p. 191.

7 “Para que tenga lugar una revolución, es indispensable, primero, que la mayoría de los obreros (o por lo menos la mayoría de los obreros con conciencia de clase, que piensan, políticamente activos) comprenda plenamente que la revolución es necesaria y que esté dispuesta a morir por ella”. *Ibid.*

8 Lenin V. I., “El triunfo de los Kadetes y tareas del Partido Obrero” (24-28 de marzo de 1906), en *OC*, T. 10, p. 249.

En realidad, la revolución soviética de octubre se inició antes, en febrero, cuando en medio de un descontento generalizado por la escasez de pan en Petrogrado, se suman las grandes marchas de la “gente común” de la ciudad⁹, las huelgas de los obreros y, de manera decisiva, el amotinamiento de los soldados recientemente reclutados para engrosar un Ejército golpeado y desmoralizado por las derrotas militares en la guerra en contra de Alemania¹⁰. La negativa de los soldados a reprimir a la población y, luego, su incorporación misma a la movilización, ayudan a construir la confianza de los movilizados en la efectividad de su movilización, punto decisivo para una articulación en cadena de nuevos contingentes que después de muchos años comienzan a experimentar nuevamente la eficacia de su acción colectiva¹¹. De pronto, las calles se llenan de gente de distintas clases sociales participando de marchas y protestas: alumnos, comerciantes, funcionarios públicos, taxistas, niños, damas, obreros, soldados, en una mezcla festiva de multitud que ocupa los emblemas geográficos de la ciudad: las avenidas, las calles y los monumentos.

Los residentes alimentan a los revolucionarios en sus cocinas... los propietarios de los restaurantes alimentaron a los soldados y a los trabajadores sin cobrarles nada... Los comerciantes convirtieron sus tiendas en bases para los soldados y en refugios para la gente cuando la policía disparaba en las calles... los taxistas declararon que solo llevarían a los dirigentes de la revolución. Los estudiantes y niños correteaban con recados y los soldados veteranos obedecían sus órdenes. Toda clase de personas se presentaron para ayudar a los médicos a cuidar a los heridos. Fue como si la gente de la calle, de repente, se hubiera unido a través de una gran red de hilos invisibles, y fue eso lo que les aseguro la victoria.¹²

9 Figes, O., *op. cit.*

10 Véase Pipes, R., *La Revolución rusa*, Debate, España, 1916, pp. 302-305; Bettelheim, Ch., *Las luchas de clases en la URSS, Primer Periodo, 1917-1923*, Siglo XXI Editores, México, 1980.

11 *Ibíd.*

12 Figes, O., *op. cit.*, p. 367.

Cayó el Palacio de Invierno, abdicó el Zar y comenzaron a formarse los Consejos de diputados obreros, campesinos y soldados: los soviets, que se expandieron territorialmente a lo largo de todo el país como órganos de deliberación y ejecución política de las masas trabajadoras, es decir, como órganos de poder. Fue la primera fase de lo que Marx denominó las “oleadas” de toda revolución¹³.

Si bien desde 1913 Lenin y los bolcheviques estuvieron atentos y teorizaron sobre el surgimiento de una “situación revolucionaria” y una “crisis política nacional” en Rusia¹⁴, la revolución estalló por

-
- 13 “Pero el país que convierte a naciones enteras en obreros asalariados suyos, que con sus brazos gigantescos abraza el mundo entero, el país que ya se hizo cargo en una oportunidad de los gastos de la Restauración europea; el país en cuyas entrañas se han desatado las contradicciones de clase en la forma más violenta y desvergonzada -Inglaterra- se asemeja a una roca contra la cual rompen las olas revolucionarias y que quiere matar de hambre a la nueva sociedad todavía en el seno materno”. Marx, C., “El movimiento revolucionario” (1 de enero de 1849), en K. Marx y Engels, F., *Sobre la Revolución de 1848-1849*, Editorial Progreso, Moscú, 1981. “Paralizada durante un momento por la agonía que siguió a las jornadas de Junio, la República Francesa pasó desde el levantamiento del estado de sitio, desde el 19 de octubre, por una serie ininterrumpida de emociones febriles: primero, la lucha en torno a la presidencia; luego, la lucha del presidente con la Constituyente; la lucha en torno a los clubs; el proceso de Bourges en el que, frente a las figurillas del presidente, de los monárquicos coligados, de los republicanos ‘honestos’, de la Montaña democrática y de los doctrinarios socialistas del proletariado, sus verdaderos revolucionarios aparecían como gigantes antediluvianos que sólo un diluvio puede dejar sobre la superficie de la sociedad o que sólo pueden preceder a un diluvio social; la agitación electoral; la ejecución de los asesinos de Bréa; los continuos procesos de prensa; las violentas intrusiones policíacas del Gobierno en los banquetes; las insolentes provocaciones monárquicas; la colocación en la picota de los retratos de Luis Blanc y Caussidière; la lucha ininterrumpida entre la república constituida y la Asamblea Constituyente, lucha que a cada momento hacía retroceder a la revolución a su punto de partida, que convertía a cada momento al vencedor en vencido y al vencido en vencedor y trastrocaba en un abrir y cerrar de ojos la posición de los partidos y las clases, sus divorcios y sus alianzas; la rápida marcha de la contrarrevolución europea, la gloriosa lucha de Hungría, los levantamientos armados alemanes; la expedición romana, la derrota ignominiosa del ejército francés delante de Roma. En este torbellino, en este agobio de la inquietud histórica, en este dramático flujo y reflujo de las pasiones revolucionarias, de las esperanzas, de los desengaños, las diferentes clases de la sociedad francesa tenían necesariamente que contar sus etapas de desarrollo por semanas, como antes las habían contado por medios siglos”. Marx, K., “Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850”; en Marx, C. y Engels, F., *Obras Escogidas*, T. I., Editorial Progreso, Moscú, 1974, p. 259. “...las tres crisis revelaron una forma de demostración nueva en la historia de nuestra revolución, una demostración de un tipo más complejo, en la cual el movimiento se desarrolla por oleadas que suben velozmente y descienden de modo súbito, la revolución y la contrarrevolución se exageran, y los elementos moderados son eliminados por un periodo más o menos largo”. Lenin, V. I., “Tres Crisis” (7 de julio de 1917), en OC, T. 26, p. 248.
- 14 Lenin V. I., “La celebración del primero de mayo por el proletariado revolucionario” (15 de junio de 1913) y “El receso de la Duma y los desconcertados liberales” (5 de julio de 1913), en OC, T. 19, pp. 465, 507-509.

una combinación excepcional de acontecimientos que tomaron por sorpresa a todos los revolucionarios rusos. Incluso Lenin, un mes antes del estallido de febrero, afirmaba lo siguiente: “nosotros, los de la vieja generación, quizá no lleguemos a ver las batallas decisivas de esa revolución futura”¹⁵. Entonces, queda claro que ninguna revolución verdadera está fijada de antemano con fecha ni es el resultado calculado, así sea del más eficiente, perspicaz o inteligente partido o teórico revolucionario.

Las revoluciones son acontecimientos excepcionales, rarísimos, que combinan de una manera jamás pensada corrientes de lo más disímiles y contradictorias, que lanzan a la sociedad entera, anteriormente indiferente y apática, a la acción política autónoma. El propio Lenin lo admitirá con sorpresa al señalar que la revolución surge debido a la “situación histórica en extremo original”, en la que se unen “en forma asombrosamente ‘armónica’, corrientes absolutamente diferentes, intereses de clase absolutamente heterogéneos, aspiraciones políticas y sociales absolutamente opuestas”¹⁶. Ciertamente, es posible que entre esa multitud de circunstancias que se entrelazaron de manera original, el trabajo de organización, propaganda, difusión y debate desplegado por los revolucionarios ayudara a los preparativos de la revolución. Pero una vez que esta estalló, todo ese paciente y laborioso trabajo previo de las organizaciones revolucionarias (el viejo topo de Marx¹⁷) se constituyó en una corriente interna al interior del impetuoso flujo revolucionario, y el reforzamiento o debilitamiento de ese flujo de lucha de clases y, en definitiva, la irradiación de ese torrente social desplegado como fuerza políticamente dirigente y moralmente aceptada, dependía de las acciones conscientes que desde ese momento desplegaran las distintas organizaciones político-intelectuales.

15 Lenin, V. I., “Informe sobre la revolución de 1905” (enero de 1917), en *OC*, T. 24, p. 274.

16 Lenin V. I., “Cartas desde lejos” (Primera carta, 7 de marzo de 1917), en *OC*, T. 24, p. 340.

17 “Y cuando la revolución haya llevado a cabo esta segunda parte de su labor preliminar, Europa se levantará y gritará jubilosa: ¡bien has hozado viejo topo!”. Marx, C., *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2003, p. 104.

En 1921, Lenin afirma: “triunfamos en Rusia, y además con tanta facilidad porque preparamos nuestra revolución durante la guerra imperialista. Esa fue la primera condición”¹⁸. Y tiene razón, pues durante la Primera Guerra Mundial (que estalla el 28 de julio de 1914), los bolcheviques, ya forjados en el exilio zarista y en la revolución de 1905, despliegan una intensa actividad de propaganda, agitación y labor clandestina de organización al interior de la tropa del Ejército ruso¹⁹. Por ello, cuando estas tropas, en retirada a las comunidades rurales o acantonadas en las ciudades, comienzan a tener una participación decisiva en las movilizaciones y amotinamientos contra sus oficiales, canalizan la influencia bolchevique en la conducción de los acontecimientos, en la participación de los soviets de obreros y soldados, acrecentando la influencia de los comunistas en las fuerzas activas de la sociedad. Pero el definitivo arte político e ingenio de los revolucionarios se pone a prueba una vez que la revolución estalla.

Al interior de las masas plebeyas, obreras, campesinas y barriales politizadas bullen múltiples tendencias político-ideológicas. Por un lado, están las corrientes conservadoras que una vez que aplauden la destitución del despotismo zarista, ven con enorme preocupación la desestructuración del orden político que anula la estabilidad y previsibilidad del mundo al que están acostumbrados, por lo que reclaman “mano dura” para acabar con la “anarquía” reinante. Por otro lado, están los revolucionarios moderados que centran su mirada en el orden redistributivo de la gran propiedad agraria y que pretenden acomodar y limitar el mundo a esta democratización de la pequeña propiedad rural allí se encuentran las corrientes de los artesanos, obreros y soldados golpeados por el hambre y la desocupación, que buscan que el nuevo Estado les

18 Lenin, V. I., “III Congreso de la Internacional Comunista” (22 de junio al 12 de julio de 1921), en *OC*, T. 35, p. 376.

19 Véase Lenin, V. I., “Las elecciones de la asamblea constituyente y la dictadura del proletariado (diciembre de 1919), en *OC*, T. 32.

garantice alimentación y una paga digna para su trabajo. Luego está la corriente de los revolucionarios obreros e intelectuales radicalizados, que ven la oportunidad de tomar, ellos mismos, el mando del país y resolver los problemas de la guerra y el hambre, desplazando del poder a los grandes capitalistas. Por último, se encuentra la tendencia de los ultrarevolucionarios que creen posible abolir, de un día para el otro, el mercado, el trabajo asalariado, el Estado y la autoridad, para instaurar modos de autogobierno popular local²⁰. En fin, las tendencias, las facciones de clase y los partidos políticos (varios de los cuales representan a parte de estas tendencias), hacen referencia a muchas revoluciones desplegándose al interior de “la revolución”; por lo que la influencia de cada movimiento táctico, consigna, convocatoria o propuesta en la acción de los soviets, en las orientaciones y acciones de la gente movilizada depende del eco que puedan tener en la multitud en acción.

Aparentemente no es posible predecir el estallido de una revolución; sin embargo, una vez que esta irrumpe, su curso depende de las acciones tácticas, iniciativas y consignas conscientemente planificadas por personas y organizaciones políticas, que tienen la capacidad de catalizar las potencialidades sociales y los estados de ánimo latentes en la inmensa mayoría de la sociedad movilizada. De ahí que se pueda sostener que una revolución es, por excelencia, una intensa *guerra de posiciones* y una concentrada *guerra de movimientos*²¹ ideológico-políticos en las que día a día se va definiendo el curso, la orientación y el desenlace del proceso insurgente.

20 Véase la Tercera Parte: Rusia bajo la revolución (febrero de 1917-marzo de 1918), en Figes, O., *op. cit.*

21 “En el arte político ocurre lo mismo que en el arte militar: la guerra de movimiento se convierte cada vez más en guerra, en la medida en que la prepara minuciosa y técnicamente en tiempos de paz. Las estructuras macizas de las democracias modernas, consideradas ya sea como organizaciones estatales o bien como complejo de asociaciones operantes en la vida civil, representan en el dominio del arte político lo mismo que las ‘trincheras’ y las fortificaciones permanentes del frente en la guerra de posición: tornan sólo ‘parcial’ el elemento del

Lenin afirma que “los bolcheviques triunfaron, en primer lugar, porque estaban respaldados por la inmensa mayoría del proletariado”²². Y no se trata de una frase retórica, sino de todo un programa de trabajo partidario de construcción de hegemonía política nacional, que define el curso socialista de la revolución. Los soviets –auténticos órganos de poder político de las clases plebeyas– surgen en febrero de 1917 y se expanden rápidamente a toda Rusia. De representar unas decenas a fines de abril, pasan a ser 900 en octubre de ese año²³. Igualmente, los Comités de fábrica, órganos de defensa y gestión de las empresas afectadas por el abandono gerencial, se fundan inicialmente en las fábricas estatales, y se expanden a las principales empresas privadas de las ciudades²⁴. Y lo que es más importante, la fuerza vital de la sociedad, principalmente urbana pero también rural, se encuentra canalizada a través de esas estructuras revolucionarias creadas autónomamente por las masas populares “por iniciativa directa de las masas desde abajo”, por encima de sindicatos y partidos.

El gobierno provisional (surgido a la caída del Zar) no tiene poder real de ninguna clase, y sus órdenes se aplican solo en la medida en que lo permite el Soviet de diputados de trabajadores y soldados. Este último controla la fuerza más esencial del poder, pues las tropas, los ferrocarriles y los servicios postales y telegráficos están en sus manos. Se puede afirmar con franqueza que el gobierno provisional existe solo en la medida en que se lo permite el Soviet.²⁵

Esto significa que el destino de la revolución dependía de los soviets, la criatura más pura y representativa del movimiento. Cuando en

movimiento que antes constituía ‘todo’ en la guerra, etc.”. Gramsci, A., *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado Moderno*, Ediciones Nueva Visión, Madrid, 1980, p. 101.

22 Lenin, V.I. “Las lecciones de la asamblea constituyente y la dictadura del proletariado” (diciembre de 1919), en OC, T. 32, p. 246.

23 Véase Bettelheim, Ch., *op. cit.*, pp. 59-60.

24 Véase Pipes, R., *op. cit.*, p. 442.

25 “Carta de A. Guchkov, ministro de Defensa del Gobierno Provisional, a M. Alexeev, Comandante en Jefe del Ejército Ruso, 9 de marzo de 1917”, en Figes, O., *op. cit.*, p. 407. Véase también Pipes, R., *op. cit.*, p. 350.

sus famosas “Tesis de abril”, Lenin propugna “que todo el poder del Estado pase a los soviets”²⁶, lo hace a sabiendas de que los bolcheviques constituyen la minoría: conforman menos del 4 por ciento de los delegados en los soviets de Petrogrado y Moscú²⁷. Mas todo lo que desde ese instante le propone al partido: las consignas, iniciativas y directrices organizativas, están destinadas a convertirlos en la fuerza dirigente y conductora de las acciones e iniciativas de las masas organizadas en soviets y, en general, de las clases sociales laboriosas de todo el país.

Las consignas de terminar con la guerra, de redistribuir las tierras entre los campesinos y ocupar las fábricas (abril); de presionar al gobierno provisional, de resistir la represión interna (junio y julio), de retirar la consigna del poder a los soviets (sometidos entonces al gobierno provisional); de movilizarse desde las fábricas y los soviets contra los intentos de golpe de Estado reaccionarios (agosto), de retomar la consigna de todo el poder a los soviets cuando los bolcheviques se vuelven la mayoría en ellos (septiembre); la adopción por parte de los bolcheviques del programa agrario planteado por el partido “socialista revolucionario” semanas antes de la insurrección²⁸; demuestran, en toda su magnitud, una intensa lucha por la hegemonía política al interior de las clases subalternas.

En los hechos, ya en octubre de 1917 los bolcheviques son el poder ideológico-político del proceso revolucionario. En mayo, dirigen la mayoría de los Comités de Fábrica de las principales industrias²⁹; para agosto su influencia en las tropas acantonadas en las ciudades tiene tal magnitud que es suficiente para impedir la obediencia

26 Lenin, V. I. “Las tareas del proletariado en la actual revolución” (7 de abril de 1917; artículo que contiene las célebres *Tesis de abril*), en *OC*, T. 24, p. 438.

27 Véase Bettelheim, Ch., *op.cit.*

28 Lenin, V. I., “III Congreso de la Internacional Comunista” (junio-julio de 1921), en *OC*, T. 35, p. 360.

29 Pipes, R., *op. cit.*, p. 442.

cia de la tropa al gobierno provisional y al mando militar oficial³⁰. A fines de julio, de no tener ningún órgano de prensa a inicios de la revolución, alcanzan a una tirada, en sus múltiples periódicos distribuidos en las fábricas y los cuarteles, de más de 350.000 ejemplares diarios³¹. En septiembre asumen el control del Soviet de Petrogrado, en tanto que sus consignas son propugnadas por la mayoría de los soviets –incluso en aquellos que aún están bajo influencia de los partidos centristas–; los consejos de soldados los tienen al frente en los principales regimientos militares; y, de facto, las principales guarniciones responden técnicamente al partido bolchevique³². Las fábricas se encuentran tomadas y solo los bolcheviques consideran a ese acto como necesario para garantizar el trabajo de los obreros. Es así que, con la adopción del programa agrario del partido campesino –que se niega a aplicar su propio programa, que tiene plena aceptación en las zonas rurales–, los bolcheviques ya habían construido un poder ideológico, un liderazgo moral y una conducción política para la inmensa mayoría de la sociedad movilizada. Figes argumenta:

La polarización social que se produjo durante el verano proporcionó a los bolcheviques su primer apoyo masivo como partido que basaba su principal reclamo en el rechazo plebeyo de toda autoridad superior. (...) Las mayores fábricas de las ciudades importantes, donde el sentido de solidaridad de clase de los obreros estaba más desarrollado, fueron las primeras en sumarse en grandes cantidades a los bolcheviques. A finales de mayo, el partido ya había obtenido el control de la oficina central de comités de fábrica y, aunque los sindicalistas mencheviques siguieron contando con su ascendencia hasta 1918, también empezaron a conseguir que se aprobaran sus resoluciones en importantes asambleas sindicales. (...) Los bolcheviques obtuvieron importantes avances en las elecciones de la Duma (parlamento) en la ciudad

30 *Ibid.*, p. 443.

31 *Ibid.*, p. 444.

32 “La agonia del Gobierno Provisional”, en Figes, O., *op. cit.*

en agosto y septiembre. En Petrogrado aumentaron su porcentaje de voto popular y pasaron de 20 por ciento en mayo al 33 por ciento el 20 de agosto. En Moscú, donde los bolcheviques habían obtenido un simple 11 por ciento en junio, llegaron a la victoria el 24 de septiembre, con el 51 por ciento de los votos.³³

En realidad, la insurrección de octubre simplemente consagró el poder real alcanzado previamente por los bolcheviques en todas las redes activas de la sociedad laboriosa. Más que conquistar el poder –que ya habían alcanzado en toda la estructura reticular de la sociedad subalterna rusa–, la insurrección anuló el cuerpo zombi del viejo poder burgués que se encontraba registrado en las viejas instituciones estatales. La insurrección culminó un largo proceso de construcción fundamentalmente ideológica-política de poder desde la sociedad, en desconocimiento y sustitución del viejo poder del Estado–; e inició la concentración monopólica de ese poder construido desde la sociedad bajo la forma de Estado, de poder de Estado institucionalizado. Dado el carácter plebeyo de la Revolución rusa, y en general de cualquier revolución, esta construcción social de poder desde abajo necesariamente se presenta más que como “dualidad de poderes”³⁴, como “multitud de poderes locales”³⁵. En 1918, V. Tijomirnov comenta:

Había soviets de ciudad, soviets de pueblo, soviets del selo y soviets suburbanos. Esas entidades no reconocían a nadie más que a sí mismas y, si llegaban a reconocer a alguien, era solo hasta “el grado” de que pudiera serles casualmente ventajoso. Cada soviet vivía y luchaba según lo que le permitían las condiciones circundantes, como podía y quería hacerlo.³⁶

33 *Ibíd.*, pp. 509-511.

34 Véase el Capítulo XI. “La dualidad de poderes”, en Trotsky, L. *Historia de la revolución rusa*, T. I., Marxists Internet Archive, s.l., diciembre de 2002.

35 Figes, O., *op. cit.*, pp. 407, 408, 516 y 746.

36 Pipes, R., *op. cit.*, p. 555. Según este autor, de cada 5 empresas nacionalizadas, solo una es resultado de la decisión del gobierno central, mientras que el resto, 80 por ciento, es producto

En los siguientes meses, el proceso de centralización de esos múltiples poderes plebeyos representa el proceso de estatalización del poder político disperso en la sociedad.

Las antinomias aparentes de la revolución

En síntesis, y en primer lugar, las revoluciones son por tanto largos procesos históricos de semanas, meses o años, que licúan las relaciones de poder prevalecientes para instaurar un nuevo orden de mandos, influencias y propiedades, inicialmente fragmentadas, sobre los bienes de la sociedad. Dentro del movimiento de la historia interna de las clases sociales, una revolución modifica drásticamente la arquitectura de las relaciones entre ellas, al expropiar los bienes y las influencias poseídas por unas, para redistribuirlas parcial o totalmente entre otras clases o bloques de clases que en ese momento ocupan posiciones de decisión o influencia sobre esos bienes.

En segundo lugar, una revolución es un desmoronamiento de las estructuras de poder moral de las antiguas clases dirigentes, una disolución de las ideas dominantes y de las influencias políticas que consagran la pasividad de las clases subalternas³⁷. Las tolerancias morales entre gobernantes y gobernados se licúan dando lugar a iniciativas políticas directas de las clases laboriosas que van produciendo, armando o aceptando nuevos esquemas discursivos, nuevas estructuras morales ordenadoras del papel de los individuos en la sociedad. Esta lucha es el motor de toda revolución, y de sus resultados emerge una institucionalidad capaz de objetivar esa magma social, esto es, de organizar y regularizar esas influencias modificadas, ya sea sobre los bienes comunes

de la decisión de los soviets y las autoridades locales. Pipes, R., *op. cit.* p. 750.

37 “La revolución de 1917 debería considerarse como una verdadera crisis general de autoridad. Se produjo un rechazo no solo del Estado, sino también de todos los representantes de la autoridad: jueces, policías, funcionarios, oficiales del Ejército y de la Marina, sacerdotes, profesores, patrones, capataces, terratenientes, ancianos del pueblo, padres patriarcales y maridos”. Figes, O., *op. cit.*, pp. 407 y 367.

de la sociedad o sobre los bienes privados, dando lugar a una nueva estructura estatal adecuada a la estructura de propiedad e influencias de clase. Esto significa que las revoluciones primero se las gana en la propia sociedad, en el liderazgo político y organizativo activo de las clases subalternas; y solo después, esto puede devenir inicialmente en estructura estatal y luego en monopolización y unicidad de poder. Todas las historias de las revoluciones políticas y sociales del siglo XX y XXI tienen, e inevitablemente tendrán, estas características.

En realidad, una revolución son múltiples y contradictorias revoluciones en paralelo, en concordancia con las múltiples iniciativas desplegadas por las diversas clases y fracciones de clase que concurren y se construyen en el transcurso de la propia revolución. Una revolución es la destrucción de antiguas relaciones de propiedad y de influencia, para dar lugar a nuevas relaciones de propiedad material e influencia estatal. Una revolución es, en definitiva, la lucha encarnizada por el nuevo monopolio duradero de las influencias ideológico-políticas de la sociedad, por nuevas hegemonías de largo plazo. De ahí que toda revolución sea también una manera de nacionalización de la sociedad³⁸.

1. Participación revolucionaria armada o participación democrática electoral

Por ello, la contraposición entre revolución y democracia es un falso debate. Se afirma que la democracia es un régimen de participación pacífica de la sociedad en los asuntos políticos, que garantiza los derechos de las personas; mientras que la revolución es un hecho violento que desconoce esos derechos³⁹. Como se puede constatar al

38 Véase García Linera, A. *Identidad boliviana. Nación, mestizaje y plurinacionalidad*, Vicepresidencia del Estado, La Paz, 2014.

39 Véase Aron, R., *Introducción a la filosofía política. Democracia y revolución*, Editorial Página Indómita, España, 2015.

estudiar cualquier revolución, si algo caracteriza a un proceso revolucionario es la incorporación rápida y creciente de personas de distintas clases sociales a la participación en los asuntos públicos de una sociedad. Personas apáticas, que anteriormente eran convocadas a elegir cada 4 o 5 años a unos representantes para que tomaran decisiones a su nombre, rompen, con la revolución, esa complacencia frente a las élites gobernantes y se involucran, discuten y participan en la definición de los asuntos comunes de la sociedad. De pronto, todos se convierten en especialistas en todo; todos se creen con derecho a opinar y a decidir sobre los asuntos que les afectan.

Un periodista norteamericano que estaba en Rusia durante los meses iniciales de la revolución, realizaba los siguientes comentarios:

Los siervos y los porteros de las casas piden consejos respecto a qué partido deben votar en las elecciones de distrito. Todas las paredes de la ciudad están llenas de carteles de reuniones y conferencias, congresos, propaganda electoral y anuncios (...) Dos hombres discuten en una esquina de la calle e inmediatamente se ven rodeados por una emocionada multitud. Incluso en los conciertos, la música ya se ve diluida por los discursos políticos de oradores famosos. La perspectiva Nevsky se ha convertido en una especie de Quartier Latin. Los vendedores de libros llenan las aceras y anuncian a gritos folletos sensacionales acerca de Rasputín y Nicolás, de quién es Lenin y de cuánta tierra van a recibir los campesinos.⁴⁰

Parfraseando a Rancière, una revolución es una “viralización” de “partes que no tienen parte”⁴¹, de sujetos políticos constituidos

40 Harold Williams, citado en Figes, O., *op. cit.*, p. 417.

41 “La noción de ‘sin parte’ [...] es la figura de un sujeto político, y un sujeto político nunca puede identificarse de golpe con un grupo social. Por esta razón, [...] el pueblo político es el sujeto que encarna la parte de los sin parte –lo cual no significa ‘la parte de los excluidos’, ni que la política sea la irrupción de los excluidos, sino que la política es [...] la acción de sujetos que sobrevienen independientemente de la distribución de los repartos y las partes sociales. [‘La parte de los sin parte’] define [...] la relación entre una exclusión y una inclusión [esto es...] designa a aquellos que no tienen parte, a aquellos que viven sin más, y al mismo

sobre la acción en marcha que visualizan carencias, necesidades o derechos y que asumen directamente la solución de dichas “partes”. En verdad, una revolución es la realización absoluta de la democracia porque la gente del pueblo, que anteriormente depositaba en los “especialistas” la gestión de los comunes que le involucran, ahora asume ese involucramiento directo en los asuntos comunes como una necesidad propia. Y así, de pronto lo común se convierte en un asunto de los comunes; todos se transforman en diputados, se sienten ministros y se ven moralmente compelidos a hablar por sí mismos, a definir ellos mismos las cosas que les afectan. Es la democracia absoluta en acción que eleva la participación de la sociedad en los asuntos políticos a niveles jamás alcanzados por ninguna elección electoral.

De cierta manera, una revolución, con sus asambleas multiplicadas por todas partes debatiendo los temas de interés público, con sus concejos deliberantes en centros de trabajo, barrios, oficinas o comunidades, definiendo en base a razones la conducción de sus vínculos compartidos, es el horizonte límite alcanzado por las propuestas sobre la “democracia deliberativa”⁴²; con el añadido de que, en el caso del proceso revolucionario, la desigualdad en la influencia deliberativa, resultante de la desigualdad en el acceso a bienes culturales, académicos o informacionales que da lugar a la manipulación o elitización de la deliberación, queda neutralizada porque está fusionada a la ejecución conjunta de lo deliberado. Claro, si la deliberación es inmediatamente la ejecución conjunta por parte de los deliberantes, para poder realizarse tiene que haberse producido previamente una neutralización de las desigualdades comunicati-

tiempo designa, políticamente, a aquellos que no solo son seres vivos que producen, sino también sujetos capaces de discutir y decidir los asuntos de la comunidad [...] El corazón de la subjetivación histórica [de ‘los sin parte’...] ha sido la capacidad, no de representar el poder colectivo, productivo, obrero, sino de representar la capacidad de cualquiera. Rancière, J., “Universalizar la capacidad de cualquiera” en *El tiempo de la igualdad. Diálogos sobre política y estética*, Herder, Barcelona, 2011, pp. 233-4.

42 Véase Habermas, J., *Facticidad y validez*, Trotta, Madrid, 2008.

vas a fin de garantizar una adhesión comprensiva de efectos prácticos. De esta manera, la deliberación deviene en una actividad social irradiante y además sin los límites de la micro-territorialidad local a la que hacen referencia los filósofos.

Por otra parte, en la medida en que las revoluciones son momentos constituyentes de hegemonía, es decir de dirección y de dominación⁴³, estas luchas se resuelven fundamentalmente en las ideas, en los pre-conceptos e inclinaciones morales dominantes de las personas. Por eso, las revoluciones son, por excelencia, luchas y cambios drásticos en el orden y los esquemas mentales con los que las personas interpretan, conocen y actúan en el mundo. De ahí su cualidad democrática y deliberativa, pero además, su carácter fundamentalmente pacífico. Si la revolución quiebra la tolerancia moral entre gobernantes y gobernados para sustituirla por una nueva estructura de afectos morales y esquemas cognitivos de la realidad, dicha transformación del mundo simbólico de las personas se realiza principalmente por medio del conocimiento, la disuasión, la convicción lógica, la adhesión moral y el ejemplo práctico; es decir, a través de métodos pacíficos de convencimiento.

Cuando en la Rusia revolucionaria, los soldados vuelcan sus gorras en desconocimiento de la vieja jerarquía militar; cuando las mujeres que salen a las calles optan por usar pantalones y botas militares invirtiendo el viejo orden social y sexual; cuando los meseros (camareros) marchan rechazando las propinas y reclamando un trato digno por su trabajo; cuando las trabajadoras del hogar reclaman que se las trate de "usted" y ya no del "tú" utilizado anteriormente con los siervos; en fin, cuando los campesinos queman las casas de los terratenientes que habían gobernado sus vidas durante siglos, o cuando los obreros ocupan las fábricas para hacerlas trabajar por su cuenta y mando, todo el orden lógico de la vieja sociedad

43 Lenin, V. I., "El impuesto en especie" (21 de abril de 1921), en OC, T. 35, pp. 200-239.

queda literalmente invertido por la fuerza de una decisión moral de los subalternos, que al tomarla, automáticamente dejan de serlo⁴⁴. Así, la revolución se muestra fundamentalmente como una revolución cultural, una revolución cognitiva que vuelve lo imposible y lo impensado en realidad. Los preceptos lógicos, normas morales, conocimientos y tradiciones que anteriormente cohesionaban todas las dominaciones, estallaban ahora en mil pedazos y habilitan otros criterios morales y otras maneras de conocer, otras razones lógicas que colocan a los dominados, es decir, a la inmensa mayoría del pueblo, como seres constructores de un orden en el que ellos mandan, deciden y dominan.

En todo ello, la pluralidad de ideas, los medios de comunicación plurales, la libertad de asociación; esto es, el conjunto de derechos democráticos propios de las sociedades modernas, juega un papel decisivo e insustituible. Sin libertad de asociación, ¿de qué tipo de asambleas o consejos se puede hablar? Sin pluralismo, ¿cuál es el tipo de deliberación, de liderazgo intelectual y moral que se puede construir? ¡Ninguno! De ahí que las libertades y garantías democráticas se presenten como el único terreno húmedo y fértil en el que cualquier proceso revolucionario puede crecer; e incluso a veces el punto de inicio de las revoluciones es la conquista de esos derechos.

Esto hace de toda revolución –y las revoluciones latinoamericanas de principios de siglo XXI no son una excepción– un hecho democrático por excelencia y pacífico por naturaleza. Únicamente circunstancias excepcionales, de violencia armada contrarrevolucionaria que bloquean la conversión de la convicción socialmente constituida en institución estatal regularizada, llevan a la necesidad de una acción de fuerza, armada, para desbloquear el flujo revolucionario. En el caso de la revolución soviética, las acciones violentas

44 Véase la Tercera Parte: Rusia bajo la revolución (febrero de 1917-marzo de 1918), en Figes, O., *op. cit.*

del gobierno conservador que en julio de 1917 ilegalizan al partido bolchevique, buscan reprimirlo violentamente y luego eliminarlo físicamente mediante un golpe de Estado, le llevan a Lenin a abandonar la convicción de que ésta iba a triunfar pacíficamente: “la vía pacífica de desarrollo se ha vuelto imposible (...) todas las esperanzas de un desarrollo pacífico de la revolución rusa se han desvanecido para siempre”⁴⁵, afirma, obligado a refugiarse en Finlandia y preparar desde entonces la vía de la insurrección.

Por tanto, en la medida en que se presenta un *curso revolucionario bloqueado*, es decir, un proceso de constitución de una nueva hegemonía cultural revolucionaria sitiado o acorralado por métodos violentos contrarrevolucionarios que cercenan la capacidad organizativa y deliberativa de la sociedad, lo que obliga a las fuerzas y clases insurgentes a defender y liberar el torrente emancipativo que ha emergido previamente, cabe hablar del carácter revolucionario del método de la lucha armada, guerrilla, insurrección o guerra prolongada. Así pues, la lucha armada se presenta entonces como un habilitador del despliegue de las capacidades democráticas de la propia sociedad y, solo en estos términos, como un hecho revolucionario.

2. Guerra de movimiento o guerra de posiciones

Una segunda interpretación equívoca de la revolución soviética, ligada a la anterior, es la referida a que las revoluciones son un tipo de “guerra de movimientos”, de estrategia de asalto rápido susceptible de llevarse adelante en presencia de países con una sociedad civil débil, “gelatinosa”, propia de las sociedades “asiáticas” caracterizadas por Estados que lo absorben todo, pero con hegemonías

45 Lenin, V. I., “Sobre las consignas” (julio de 1917), y “La situación política (Cuatro tesis)” (10 de julio de 1917), en *Obras completas*, Tomo 26, *op. cit.*, pp. 266 y 254.

políticas débiles; en tanto que en las sociedades de “occidente”, por la presencia de un Estado sustentado en una sociedad civil robusta con innumerables trincheras y fortificaciones construidas por el propio poder de Estado, que sostienen el poder de clase pese al debilitamiento del aparato estatal, necesariamente hay que emplear una estrategia de larga “guerra de posiciones”, de pacientes asedios a esa estructura de fortalezas y casamatas de la sociedad civil. Gramsci introduce esta diferenciación para explicar el concepto de “frente único”, propuesto por Lenin en los debates de la Internacional Comunista.

En Oriente el Estado era todo, la sociedad civil era primitiva y gelatinosa; en Occidente, entre Estado y sociedad civil, existía una justa relación y bajo el temblor del Estado se evidenciaba una robusta estructura de la sociedad civil. El Estado sólo era una trinchera avanzada, detrás de la cual existía una robusta cadena de fortalezas y casamatas; en mayor o menor medida de un Estado a otro, se entiende, pero esto precisamente exigía un reconocimiento exacto de carácter nacional⁴⁶.

A lo largo de la historia moderna es posible que sea más difícil encontrar en los Estados europeos, acciones destinadas a “sofocar” las aspiraciones populares, porque se trata de países “en los que no se ve pisotear las leyes fundamentales del Estado ni se ve cómo domina la arbitrariedad”⁴⁷, lo que llevaría, según Gramsci, a un debilitamiento de la lucha de clases en ellos. Sin embargo, el fenómeno del fascismo europeo en la primera mitad del siglo XX muestra que la imposición, el pisoteo de las leyes, la arbitrariedad y la desenfrenada violencia estatal, en su excepcionalidad, no son ajenas a la cultura política occidental. El porqué esas circunstancias no dan lugar a un victorioso movimiento revolucionario, es tema de

46 Gramsci, A., *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Ediciones Nueva Visión, Madrid, 1980, p. 83.

47 Gramsci, A. “Tres principios, tres órdenes” (11 de febrero de 1917), en *Antología*, Siglo XXI Editores, Argentina, 2004, p. 22.

otro debate. Con todo, existe una verdad irrefutable en esto: para un observador extranjero que visita Europa o Estados Unidos, una de las primeras experiencias impactantes es ver que paralelamente al funcionamiento regular de las instituciones gubernamentales y a las condiciones de satisfacción de necesidades básicas de la mayoría de la población, se tiene una apodíctica interiorización de los preceptos del orden social por parte de los ciudadanos; como si la lógica estatal estuviera adherida a la piel de las personas, en una especie de Estado individuado, que no requiere de aparatos estatales visibles para la reproducción del orden. Así, cuando alguien rompe la norma, la presencia rápida, oportuna, puntual y brutal de los cuerpos de seguridad, infunde una mayor indolencia frente al destino de los demás. Como Gramsci afirma, allí donde existe un orden que funciona, se vuelve más difícil pelear porque éste sea sustituido por uno nuevo. En todo caso, más que de una sociedad civil sólida y “equilibrada” frente al Estado, se trata de un Estado muy fuerte y ramificado en los poros más íntimos de la sociedad civil –algo así como una sociedad civil estatalizada–, lo que ciertamente hace que el aparato gubernamental, pese a las fisuras que pueda llegar a presentar en algún momento, encuentre una infinidad de trincheras, aprovisionamientos, reemplazos y apoyos en la sociedad civil, que lo hacen resistente y mucho más sólido que los Estados menos adheridos a ella. Quizá la obsesión de la academia norteamericana por el estudio de los “roles”⁴⁸ sea la sombra de esta omnipresencia reticular del orden estatal en el orden individual de los ciudadanos.

Vistas así las cosas, la lógica gramsciana podría invertirse: las sociedades “orientales” tienen una sociedad civil más vigorosa y activa y un Estado más gelatinoso y frágil, a pesar de su arbitrariedad –de hecho, la arbitrariedad viene a sustituir la falta de adherencia social o sustento estructural–; mientras que las sociedades “occidentales”

48 Véase Erving Goffman, *Encounters: Two Studies in the Sociology of Interaction*, Bobbs-Merrill Company, Inc., Indianapolis, 1961; también se puede revisar Linton, R., *The Study of Man. An introduction*, Applèton-Century-Crofts, Inc., Nueva York, 1936.

tienen un Estado omnipresente por estar enraizado profundamente en la propia sociedad civil y, a la vez, sus sociedades civiles son más plurales y diversas aunque políticamente menos activas e inmersas en un tipo de conformismo civil generalizado.

3. Excepcionalidad histórica o disponibilidad social universal

Pero independientemente del *modo de composición política* de la sociedad contemporánea⁴⁹, la universalidad de la revolución soviética radica precisamente en la victoria cultural, ideológica, política y moral de las corrientes bolcheviques en la sociedad civil, en sus organizaciones plebeyas más activas, antes y como condición de la propia insurrección. Lenin se refiere a esto cuando afirma categóricamente que los bolcheviques triunfan porque se encuentran “respaldados por la inmensa mayoría del proletariado”. Y ese respaldo, apoyo, influencia y liderazgo en los sectores movilizados de las clases plebeyas hasta el punto de que “están dispuestas a morir” por la revolución, refleja la profunda transformación ideológico moral que se había producido entre abril y octubre de 1917, en la mentalidad de las clases subalternas; en términos gramscianos, muestra el exitoso despliegue de una “guerra de posiciones” fulminante contra las casamatas y trincheras de la vieja sociedad civil. En síntesis, la batalla por el liderazgo y conducción política de las clases populares movilizadas es la clave de la revolución; mientras que la audacia insurreccional que derrumba definitivamente el viejo poder estatal es una contingencia emergente del curso de esa lucha previa por la hegemonía.

Toda revolución es fundamentalmente una transformación radical de los esquemas de sentido común de la sociedad, del orden moral

49 Sobre el modo de composición política de la sociedad, véase Álvaro García Linera, “La nueva composición orgánica plebeya de la vida política en Bolivia”, discurso en la Solemne Sesión de Honor en conmemoración a los 191 años de independencia de Bolivia, Tarija, 6 de agosto de 2016.

y del orden lógico que monopoliza el poder político centralizado. El asalto armado al Palacio de Invierno representa la eventualidad de un proceso de profundas transformaciones ideológico-políticas que construyen el poder político soviético, antes que este quede refrendado por un hecho de ocupación institucional de los símbolos del poder. En este sentido, se puede hablar de un “Lenin gramsciano” que deposita en la hegemonía cultural y política la llave del momento revolucionario.

No obstante, lo que sí puede ser asumido como una excepcionalidad rusa más que “oriental”, es la comprensión de los tiempos de esa “guerra de posiciones”. Normalmente, la construcción de un nuevo sentido común⁵⁰ y del monopolio de los esquemas de orden que guían los comportamientos cotidianos de las personas, son procesos de construcción hegemónica a largo plazo. Pueden transcurrir décadas, incluso siglos, durante los cuales se va sedimentando en las estructuras mentales de las personas, de las clases y de los subalternos, el conformismo moral y lógico con la dominación⁵¹. Por lo general, romper estas baldosas que comprimen el cerebro de las personas es una tarea titánica, también de décadas, que requiere, a decir de Gramsci, “tácticas más complejas” y “cualidades excepcionales de paciencia y de espíritu inventivo”⁵². En Rusia, esto acontece extraordinariamente más rápido. Pero no hay que dejar de lado el hecho de que en medio había una guerra mundial que estaba

50 Entendido como “creencias populares”, convicciones y, en general, cultura, mediante las cuales las personas “conocen” y actúan en el mundo sin necesidad de reflexionar sobre él. Véase Gramsci, A., *Cuadernos de la Cárcel*, T. 3, Ediciones ERA, México, 1984, p. 305.

51 “Pues si, en cualquier coyuntura, los hombres no se entendieran sobre estas ideas esenciales, si no tuvieran una concepción homogénea del tiempo, del espacio, de la causalidad, de la cantidad, etc., todo acuerdo entre las inteligencias se haría imposible y, con ello toda vida común. Además las sociedades no pueden abandonar al arbitrio de los particulares las categorías sin abandonarse a sí misma. Para poder vivir, no sólo tiene necesidad de un conformismo moral suficiente; hay un mínimo de conformismo lógico del que tampoco puede prescindir. Por esta razón ejerce el peso de toda su autoridad sobre sus miembros para prevenir las disidencias”. Durkheim, E., *Las formas elementales de la vida religiosa*, Akal Editor, Madrid, 1982, p. 15.

52 Véase Gramsci, A., “Democracia obrera y socialismo”, en Pasado y presente (Revista trimestral), Año IV, nueva serie, Edigraf, Argentina, 1973, p. 103ss.

llevando a la muerte a millones de jóvenes del imperio ruso; que se tenía un país económicamente quebrado que había arrastrado a su población hacia condiciones de consumo inferiores a las existentes años atrás; que se tenía una estructura mundial imperial estallando en crisis y en reconfiguración, etc.

Esta excepcionalidad de circunstancias irrepetibles para cualquier otro país en cualquier otro momento, comprime los tiempos, acorta los plazos y lleva a la sociedad rusa a una crisis de hegemonía, a una disponibilidad social general de nuevas certidumbres y a una porosidad y predisposición de las clases populares a recepcionar nuevas emisiones discursivas capaces de ordenar el mundo incorporándolos a ellos como sujetos activos e influyentes de ese nuevo mundo a erigir. Lo que en otros tiempos habría requerido décadas e incluso siglos, se puede alcanzar en meses, y está claro que algo así difícilmente podrá volver a suceder en mucho tiempo. Excepcionalidades como estas, únicas e irrepetibles en la historia, suelen acontecer en la vida de todas las naciones y, por lo general, quedan registradas en la historia como un extraño, pasajero y confuso tiempo turbulento. Y cuando esta excepcionalidad tumultuosa de la historia viene acompañada de una férrea voluntad política organizada para buscar gatillar todas las potencialidades creativas contenidas en ese excepcional tiempo turbulento, las revoluciones que cambian la historia del mundo, estallan. Eso pasó con la Revolución rusa: la excepcionalidad devino regla, la potencia se convirtió en flujo creativo y la lucha por el nuevo sentido común se hizo institución.

La convergencia de contradicciones y disponibilidades sociales que paralizan la institucionalidad estatal, como sucedió en Rusia el año 1917, constituye una excepcionalidad histórica. Sin embargo, el que en algún momento de su historia un país presente alguna grieta o un quiebre en su reforzada coraza estatal, algún estupor en su perfecta maquinaria social de letargo colectivo, de tal forma que se

habilite un régimen de nuevas apetencias discursivas, es un hecho universal. El que una hegemonía estatal se derrumbe tan rápidamente es una excepcionalidad histórica. Pero la existencia de potencialidades emancipativas, democratizadoras del poder en las formas organizativas propias de las clases subalternas, es un hecho universal. Y, entonces, el papel de las asociaciones, ligas o partidos revolucionarios radica en sitiar, en horadar pacientemente –como el viejo topo– la fortaleza estatal y cultural del régimen dominante. Y si la excepcionalidad histórica imprevisible toca la puerta cuando uno está vivo, hay que aprovechar con indoblegable voluntad de poder cada resquicio, fisura u oportunidad a fin de apuntalar las potencialidades democratizadoras acumuladas e inventadas por las clases plebeyas. Así es como debemos entender la labor de los comunistas revolucionarios que, de acuerdo al joven Marx:

No proclaman principios especiales a los que quisieran amoldar el movimiento [y] en las diferentes fases de desarrollo por que pasa la lucha entre el proletariado y la burguesía, representan siempre los intereses del movimiento en su conjunto⁵³.

4. *Momento jacobino leninista o momento gramsciano hegemónico*

Existe un momento puntual pero decisivo que toda revolución en marcha no puede obviar pues, dependiendo de la actitud que se tome frente a ella, el curso de la revolución o bien continuará o terminará para dar lugar a una terrible etapa contrarrevolucionaria. Nos referimos al *momento jacobino* o *punto de bifurcación* de la revolución⁵⁴, que no tiene que ver con la ocupación de las instalaciones y símbolos del viejo poder que pasan a ser

53 Marx, C. y Engels F., “Manifiesto del Partido Comunista”, en *Obras escogidas*, T. I, Editorial Progreso, Moscú (URSS), 1974, p. 122.

54 Véase García Linera, Á., *Las tensiones creativas de la revolución. La quinta fase del Proceso de Cambio*, Vicepresidencia del Estado, La Paz, 2011.

reemplazados en sus funciones y en la condición de clase de sus ocupantes. Tampoco se trata del desplazamiento y sustitución de las autoridades gubernamentales, legislativas y ejecutivas del viejo Estado. Las revoluciones del siglo XXI muestran que esto último llega a realizarse por la vía de elecciones democráticas. Ambos son momentos derivados del poder político-cultural previamente alcanzado por las fuerzas insurgentes y, dependiendo de las circunstancias, pueden ser realizados por la vía pacífica, electoral o, excepcionalmente como en el caso de la revolución rusa, por la vía armada.

A pesar de ello, lo que inevitablemente requiere de un hecho de fuerza, de un despliegue de coerción, es la derrota del *proyecto de poder* de las clases desplazadas del gobierno. Las viejas clases dominantes pueden perder la dirección cultural de la sociedad por un tiempo, a la espera de retomar la iniciativa, una vez que pase el “torbellino social”, mediante la propiedad de los medios de comunicación, las universidades y el peso de las creencias impresas durante décadas en las mentes de las personas; pueden perder el control del gobierno, del Parlamento y de parte de sus propiedades, pero preservan los resortes financieros, los conocimientos administrativos, el acceso a mercados, las propiedades en otras áreas de la economía, las influencias y los negocios externos que temporalmente les permiten mantener un poder económico capilarizado en la sociedad. Los bolcheviques tomaron el poder en octubre del 1917, pero el Banco Central seguía entregando dinero a los representantes del antiguo gobierno provisional incluso hasta fines de noviembre. En enero de 1918, los funcionarios de los ministerios aún se mantenían en huelga en desconocimiento a los nuevos ministros⁵⁵; en tanto que administrativos de gobiernos locales seguían sin obedecer al nuevo gobierno aun entrados los primeros meses de 1919.

55 Pipes, R., *op. cit.*, pp. 569-572.

Por tanto, lo que las viejas clases dominantes nunca aceptan de manera dialogada, es la anulación de su proyecto de poder, esto es, el sistema de influencias, acciones y medios mediante los cuales articulan su persistencia y su proyección histórica como clase dominante. En la Revolución rusa, ni el gobierno provisional ni la asamblea constituyente, ni siquiera la toma de las instalaciones del Estado por parte de los bolcheviques, fueron el escenario de condensación de la derrota del proyecto político conservador; lo fue la guerra civil. La mayor cantidad de muertes, los mayores horrores de la lucha de clases, la movilización más extensa de las fuerzas contrarrevolucionarias internas y extranjeras, los discursos más anticomunistas y la verdadera confrontación armada entre los dos proyectos de poder se dieron durante la guerra civil⁵⁶, y ahí se definió también la victoria de la revolución además de las características del nuevo Estado. Lenin describirá este momento decisivo de manera muy precisa:

A fines de 1917... la burguesía.... lo que dijo fue: "ante todo lucharemos por el problema fundamental: determinar si ustedes son realmente el poder de Estado o solo creen serlo; el problema, desde luego, no será resuelto con decretos, sino por medio de la violencia y la guerra"...⁵⁷.

El *punto de bifurcación* o *momento jacobino* es este epítome de las luchas de clases que desata una revolución. Y puesto que toda clase o bloques de clases con voluntad de poder han de reclamar la unicidad y monopolio del poder de Estado, el cuerpo estatal en pugna emerge en su realidad desolada y arcaica: como "violencia organizada"⁵⁸. Es en ese terreno donde se define la naturaleza del nuevo o viejo Estado, el monopolio del poder político y la dirección gene-

56 Véase la Cuarta Parte: La guerra civil y la formación del sistema soviético (1918-1924), en Figes, O., *op.cit.*

57 Lenin, V. I., "VII Conferencia del partido de la provincia de Moscú" (octubre de 1921), en OC, T. 35, p. 537.

58 Marx, C. y Engels F., "Manifiesto del Partido Comunista", *op. cit.*, p. 130.

ral de la sociedad para todo un largo ciclo estatal. Por lo general, esto sucede después del desplazamiento del gobierno de las fuerzas conservadoras, pero no del poder real. En un extraordinario texto, Marx describe este momento al afirmar que la conquista del poder gubernamental por parte del proletariado “no hará desaparecer a sus enemigos ni a la vieja organización de la sociedad” y por tanto, “deberá emplear medios violentos y por consiguiente, recursos de gobierno”⁵⁹. Por ello, el *momento jacobino* es un tiempo donde los discursos enmudecen, las habilidades de convencimiento se repliegan y la querrela por los símbolos unificadores se opacan. Lo único que queda en el campo de batalla llano es el despliegue desnudo de fuerza para dirimir, de una vez por todas, el monopolio territorial de la coerción y el monopolio nacional de la legitimidad.

El *momento jacobino* en la revolución cubana fue la batalla de Girón (invasión de la Bahía de Cochinos); en el gobierno de Salvador Allende, el golpe de Estado de Pinochet; en la revolución bolivariana de Venezuela, el paro de actividades de PDVSA y el golpe de Estado en 2002; y en el caso de Bolivia, el golpe de Estado cívico-prefectural de septiembre de 2008. En todas estas revoluciones, el gobierno ya estaba en manos de los revolucionarios y se presentaban distintos tipos de “gobierno dividido”⁶⁰, con alguna de las cámaras legislativas o de los gobiernos regionales en poder del bloque conservador. Pero, lo que es más importante, la fuerza beligerante tenía aún un proyecto de poder, una voluntad de dominio y unas estructuras reticulares de poder político, a partir de las cuales buscaba reorganizar una base social de apoyo, la defensa de sus estructuras de propiedad económica y el apoyo de medios armados (legales o ilegales, internos o externos) para retomar lo antes posible la lucha por el poder de Estado. Entonces, inevitablemente

59 Marx, C., “Resumen del libro de Bakunin *Estatidad y anarquía*”, en Marx, C., y Engels, F., *Obras Fundamentales*, T. 16, p. 481. FCE, México, 1988.

60 Véase Jones, M., *Electoral Laws and the survival of presidential democracies*, University of Notre Dame Press, Notre Dame, 1995.

emerge un choque desnudo de fuerzas, o, al menos, de medición de fuerzas de coerción, del que solo puede resultar la derrota militar o la abdicación de una de las fuerzas sociales beligerantes, es decir, la unicidad o el monopolio final de la coerción del Estado.

El *momento jacobino* o también “leninista” –porque Lenin fue un maestro en este tipo de operación política– es, en última instancia, el momento dirimidor de la unicidad del poder de Estado, a partir del cual se tendrá, en los cerebros de las personas, en las instituciones de gobierno y en las propias clases derrotadas, un solo proyecto estatal. Por tanto, la fuerza derrotada entra en situación de desbande o de desorganización y, lo peor, de pérdida de fe en sí misma. No es que las clases sociales derrotadas desaparezcan; lo que desaparece, por un buen tiempo, es su organización, su fuerza moral, su propuesta de país ante la sociedad. Materialmente son clases en proceso de dominación, pero fundamentalmente dejan de ser sujeto político. Consolidar esta derrota depende de que las fuerzas sociales victoriosas den golpes puntuales al régimen de propiedad de los grandes medios de producción, debilitando sus estructuras organizativas en la sociedad civil, incorporando banderas suyas en el proyecto victorioso, reclutando cuadros administrativos, impulsando los diversos tipos de transformismo político⁶¹ de la antigua intelligentsia, etc., dando lugar a una nueva fase de irradiación de la hegemonía correspondiente al periodo de estabilización del nuevo poder.

La importancia de este momento “jacobino-leninista” radica en instituir, de forma duradera, el monopolio de la coerción, de los impuestos, de la educación pública, de la liturgia del poder y de la legitimidad político-cultural. La contraparte de esta victoria sobre las fuerzas conservadoras es la concentración del poder que, de no ser continuamente regulada, afecta a las estructuras sociales de poder plebeyas que inicial-

61 Véase Gramsci, A., *Cuadernos de la cárcel*, T. 5, Ediciones ERA, México, 1999.

mente habían dado inicio al proceso revolucionario. La concentración y unicidad real del poder significa que el poder político de las viejas clases pudientes ha sido derrotado. Sin embargo, la contrafinalidad de todo esto es que la democratización del poder en las estructuras populares, obreras, campesinas, juveniles o barriales que dan inicio al proceso revolucionario también sean afectadas por este destino maquinal del Estado (de cualquier Estado) de concentrar e imponer su unicidad. La importancia de concentrar el poder frente a las viejas clases dominantes, y simultáneamente desconcentrarlo frente a las clases laboriosas, a la larga define el curso de la revolución.

En todo caso, al *momento gramsciano* de construcción de hegemonía político-cultural que erige el poder político de las clases insurgentes de la revolución —una vez conquistado el gobierno, por la vía democrática—, sobreviene una batalla desnuda de fuerzas, el *momento jacobino-leninista*, que dirime de manera duradera la unicidad del poder de Estado. Sin este momento imprescindible, la estrategia gramsciana podrá ser cercada internamente y, más temprano que tarde, expulsada del poder político bajo la forma de una contrarrevolución exitosa que arrasará despóticamente con todo el avance organizativo y democratizador logrado por las clases sociales plebeyas. De ahí que toda revolución con un *momento gramsciano* sin un *momento leninista* sea una revolución trunca, fallida. No existe revolución verdadera sin *momento gramsciano* de triunfo político, cultural y moral, previo a la toma del poder estatal. Pero tampoco se tiene unicidad de poder de Estado ni disolución de las antiguas clases gobernantes como sujetos portadores de un proyecto de poder beligerante, sin un *momento leninista* dirimidor.

La revolución soviética será el laboratorio más extraordinario y dramático de esta contradicción viva entre centralización y democratización que define el destino de esta y de cualquier revolución contemporánea.

5. *Democracia local o democracia general. Democratización o monopolización de decisiones*

El estallido de la revolución hace explotar las jerarquías del viejo sistema social, incluyendo las militares. Los soviets de soldados y campesinos y los Comités Militares en los cuarteles, que desconocen la autoridad militar para sustituirla por asambleas, muestran la radicalidad y extensión del derrumbe del viejo poder estatal, constituyéndose en el punto de apoyo para el fortalecimiento de las huelgas y consejos de obreros en las fábricas. Cada cuartel, región y ciudad se desenvuelven como un mini-Estado con su propia y autónoma fuerza de coerción. A pesar de ello, durante la guerra civil desatada inmediatamente, frente a los regimientos disciplinados y jerarquizados de la contrarrevolución, apoyados por tropas extranjeras invasoras, las tropas revolucionarias se muestran tácticamente inferiores, débiles ante la fuerza antagónica y presa fácil de la desbandada ante las primeras derrotas⁶². La excesiva democracia al interior del instrumento de coerción armada, inicialmente necesaria para desmoronar la autoridad del viejo Estado, ahora lo arrastra ante la inminente derrota frente a la contrarrevolución. La necesidad de imponer la disciplina militar y de restablecer jerarquías (acompañadas, por supuesto, de comisarios políticos a la cabeza de la formación política de la tropa), hace que el Ejército Rojo retome la iniciativa y derrote la invasión extranjera y a los ejércitos contrarrevolucionarios. La defensa de la revolución triunfa, pero a costa de reducir la democracia en los cuarteles. Algo similar sucede en los soviets campesinos, en los soviets y sindicatos obreros. El núcleo de la revolución se constituye cuando los productores directos, obreros y campesinos, inician el desmontamiento de las antiguas relaciones de poder productivo. Eso acontece cuando los terratenientes son desplazados y los soviets de campesinos ocupan las tierras y las distribuyen internamente entre los miembros de la comunidad agraria.

62 Figes, O., *op. cit.*

Igualmente, la cualidad obrera de la revolución despunta cuando los Comités de fábrica asumen el control del funcionamiento de las empresas para impedir el despido obrero, el cierre de la empresa o la pérdida de derechos laborales.

Sin embargo, en el momento en que cada fábrica comienza a actuar por su cuenta, a fijarse solo en el bienestar de sus trabajadores sin considerar el bienestar del resto de los trabajadores de otras fábricas y de los habitantes de las ciudades o de los campesinos; el momento en que los soviets de campesinos solo se preocupan del abastecimiento de sus afiliados, dejando de lado a los trabajadores de las ciudades que están sin alimento; es decir, el momento en el que cada institución democrática obrera solo se fija en sí misma sin tomar en cuenta el conjunto de los trabajadores y ciudadanos del país, se produce una hecatombe económica que paraliza el intercambio de productos y potencia los egoísmos entre sectores que se desentenden de los demás llevando a la disminución de la producción, el cierre de empresas, la pérdida de trabajo, la escasez, el hambre y el malestar en contra del propio curso revolucionario.

Entonces, a corto plazo, la democracia local, desentendida de la democracia global (general) en todo el país, conduce a una parálisis productiva que empuja a los mismos trabajadores a ver como enemiga la revolución que todos, en su conjunto, ayudaron a crear. Más que el exceso de democracia en cada comunidad o fábrica, se trata de la ausencia de una democracia general, articuladora de todos los centros de trabajo, capaz de guiar las iniciativas y necesidades de cada uno de ellos, de cada comunidad agraria o fábrica, con las necesidades e iniciativas del resto de los centros de trabajo de todo el país. Este desencuentro entre dimensiones territoriales de la democracia laboral es lo que provoca, entre los propios trabajadores a nivel local, el surgimiento de malestar, molestia y enemistad contra la propia revolución que logran construir. ¿Hasta dónde ampliar o

restringir la democracia local? ¿Cómo crear modos de participación democrática general que permita una experiencia obrera y campesina de articulación de iniciativas de todas las fábricas, las comunidades rurales y barrios? Allí radica el núcleo de la continuidad de la revolución y del socialismo. De hecho, el comunismo representa la posibilidad de una articulación general desde lo local sin ningún tipo de mediación; la extinción del Estado que, a la larga, no es más que la realización final de la revolución.

La imposibilidad temporal o lentitud de articulación nacional, general y rápida entre todos los centros de trabajo obrero y las comunidades rurales, está presente en todas las revoluciones sin excepción. Es como si en los momentos iniciales de la revolución, la capacidad de auto-organización directa de los trabajadores solo alcanzara a los centros de trabajo y a las comunidades por separado, aisladas e incluso confrontadas entre ellas, develando así los límites de la experiencia social y el peso del pasado localista en la acción revolucionaria de los trabajadores. Al parecer aún no existen las condiciones materiales para una auto-unificación política directa –sin mediación– de los trabajadores, capaz de habilitar una planificación general y directa entre ellos. Entonces, ante el riesgo de que su propia obra revolucionaria los devore o los lleve a una confrontación encadenada de egoísmos y localismos autodestructivos, cerrando las puertas de una entrada victoriosa, militar y moral, la constitución de una organización que asuma la gestión de lo general, que unifique las acciones locales hacia un camino, que impulse a que las fábricas y comunidades se ayuden una a otras y que, al hacerlo, mantengan la revolución, se vuelve necesaria.

La presencia de esta organización especializada en lo universal, en la administración de lo general, es el Estado. Y, en el caso de la organización que administra los asuntos comunes y generales de las acciones de los trabajadores, es el Estado revolucionario que, al

final, mediante su centralización, protege la revolución del colapso económico y de los egoísmos localistas, aunque a costa de sustituir la auto-unificación de los trabajadores por la administración monopólica de esta, que si bien está compuesta por los mismos trabajadores, nace de sus propias luchas y tiene la mirada puesta en defenderlos, también se constituye en un organismo especializado de concentración de decisiones.

La paradoja de toda revolución es que ella existe porque los trabajadores rompen jerarquías, mandos y asumen la gestión de su vida; mas no logran hacerlo a escala nacional, general. Y una revolución se defiende solo si puede actuar a nivel nacional, tanto en contra de la conspiración interna de las antiguas clases dominantes, como de la guerra externa de los poderes mundiales. Pero eso solo se logra mediante un organismo que comienza a monopolizar las decisiones (el Estado), en detrimento de la democracia local de la propia revolución. Este fetichismo del Estado revolucionario y, en general, de todo Estado, no se supera proclamando su “supresión”, el reino de la anarquía o lo que fuere. La fuerza de los hechos impone una derrota de la revolución debido a los faccionalismos internos de los trabajadores y el asedio unificado de la contrarrevolución, o la constitución de un Estado revolucionario que vaya monopolizando las decisiones en detrimento del disperso y debilitante democratismo local.

Si la defensa de la revolución debilita en exceso la democracia local, su energía íntima se pierde por la asfixia centralizadora; y si debilita la centralización nacional, el asedio centralizado de la contrarrevolución la ahoga. Por tanto, la administración de esta lógica paradójica se debe dar reforzando, según la correlación de fuerzas, uno de los polos frente a otro, sin anularlo, pues esa es la única manera de mantener vivo el curso de la revolución frente al asedio contrarrevolucionario, pero también frente a la fragmentación autocentrada del pluralismo local. Mientras no se modifiquen las condiciones mate-

riales de la producción del vínculo político entre las personas, en tanto partícipes de una comunidad real que asuman directamente la gestión de los asuntos comunes de toda la sociedad, la mediación estatal será necesaria. Sin embargo, la constitución de esa comunidad real general, en sustitución de la “comunidad ilusoria”⁶³ estatal, depende de la construcción de una comunidad real de productores libremente asociados que gestionen a escala social universal sus medios de vida materiales, es decir, depende de la superación de la ley del valor que unifica a los productores no de manera directa, sino abstracta, por medio del trabajo humano abstracto. Al final, la necesidad temporal de un Estado revolucionario está anclada en la persistencia de la lógica del valor de cambio en la vida económica de las personas. Y la existencia de un Estado revolucionario, que en sí mismo es una antinomia, es a la vez el camino necesario y obligado para dar curso a la revolución, hasta el momento en que la contradicción se disuelva en una nueva sociedad.

6. Forma dinero y forma Estado

La *forma dinero* tiene la misma lógica constitutiva que la *forma Estado*, e históricamente ambas corren paralelas alimentándose mutuamente. Tanto el dinero como el Estado recrean ámbitos de universalidad o espacios de socialidad humanas. En el caso del dinero, este permite el intercambio de productos a escala universal y, con ello, facilita la realización del valor de uso de los productos concretos del trabajo humano, que se plasma en el consumo (satisfacción de

63 “...por virtud de esta contradicción entre el interés particular y el interés común, cobra este último, en cuanto *Estado* una forma propia e independiente, separada de los reales intereses particulares y colectivos y, al mismo tiempo, una forma de comunidad ilusoria, pero siempre sobre la base real de los vínculos existentes, dentro de cada conglomerado familiar y tribal, tales como la carne y la sangre, la lengua, la división del trabajo en mayor escala y otros intereses y, sobre todo, como más tarde habremos de desarrollar, a base de los intereses de las clases...”. Marx, C. y F. Engels, “Feuerbach. Oposición entre las concepciones materialistas e idealistas” (I capítulo de *La ideología alemana*), en Marx, C. y F. Engels, *Obras escogidas*, T. I, Editorial Progreso, Moscú, 1974, p. 31.

necesidades) de otros seres humanos. Sin duda esta es una función de socialidad, de comunidad. No obstante, se cumple a partir de una abstracción de la acción concreta de los productores, validando y consagrando la separación entre ellos, que concurren a sus actividades como productores privados. La función del dinero emerge de esta fragmentación material entre los productores/poseedores, la reafirma, se sobrepone a ellos y, a la larga, los domina en su propia atomización/separación como productores/poseedores privados; aunque únicamente logra hacer todo ello y reproducir este fetichismo, porque simultáneamente recrea socialidad y sedimenta comunidad, aun cuando se trata de una socialidad abstracta, de una “comunidad ilusoria” fallida, que funciona en la acción material y mental de cada miembro de la sociedad. De la misma forma, el Estado cohesionaba a los miembros de una sociedad, reafirma una pertenencia y unos recursos comunes a todos ellos, pero lo hace a partir de una monopolización (privatización) del uso, gestión y usufructo de esos bienes comunes.

En el caso del dinero, este proceso acontece porque los productores no son partícipes de una producción directamente social que les permitiría acceder a los productos del trabajo social sin su mediación, sino como simple satisfacción de las necesidades humanas. En el caso del Estado, se da porque los ciudadanos no son miembros de una comunidad real de productores que producen sus medios de existencia y de convivencia de manera asociada, vinculándose entre sí de manera directa, sino a través del Estado. Por ello, es posible afirmar que la lógica de las formas del valor y del fetichismo de la mercancía, descrita magistralmente por Marx en el primer tomo de *El capital*⁶⁴ es, indudablemente, la profunda lógica que también da lugar a la *forma Estado* y a su fetichización⁶⁵.

64 Véase el Capítulo I: La mercancía, en Marx, K., *El capital*, T. I, Vol. 1, Siglo XXI Editores, México, 1987, pp. 43-102.

65 Es posible afirmar, de manera categórica, que el núcleo de la teoría marxista sobre el Estado y el poder, es la teoría de las formas del valor tratada en el capítulo primero de *El capital*.

En síntesis, la protección de la revolución frente al asedio de las clases pudientes necesita del Estado revolucionario para asumir, temporal y solo temporalmente, esta articulación nacional, esta unificación general y esta mirada de conjunto del movimiento entre los distintos sectores sociales; para garantizar el funcionamiento de las fuentes de trabajo, la circulación de bienes materiales y, con ello, la protección y defensa de la revolución en contra de sus detractores, pero, fundamentalmente, del pasado que se agolpa en la cabeza de los revolucionarios que “recuerdan” que antes vivían mejor. Lo que los bolcheviques hicieron al asumir el control de los soviets después de octubre de 1917, al comenzar a fusionarlos con el Estado, al desplazar “el centro del poder industrial de los comités de fábrica y los sindicatos al aparato administrativo del Estado”⁶⁶, fue precisamente eso. La frenética preocupación posterior de Lenin, en su debate contra Stalin y Trosky, acerca de los límites de la centralización estatal en detrimento de la democracia local, en el caso de las nacionalidades⁶⁷, de la federación o de los sindicatos⁶⁸ en las empresas, definirá el futuro de la revolución soviética y lo que habrá de entenderse por socialismo a raíz de la experiencia práctica de las clases laboriosas.

Al final, pareciera ser una regla universal que los procesos revolucionarios son excepciones presentes en la historia larga de todas las naciones modernas. Y ello obliga a un trabajo paciente e imaginativo de “guerra de posiciones” ideológico-cultural a fin de abrir fisuras en el armazón de la sociedad civil y del Estado, que puedan contribuir a la emergencia excepcional de una época revolucionaria. También es una regla universal que el liderazgo ideológico-político se constituya en la victoria inicial y fundamental a ser alcanzada en el proceso revolucionario antes de la “toma del

66 Figes, O., *op. cit.*, p. 685.

67 Lenin, V. I., “Últimas cartas y artículos de V. I. Lenin” (22 de diciembre de 1922 - 2 de marzo de 1923), en OC, T 36, pp. 471-490. También, Pipes, R., *op. cit.*, p. 554.

68 Lenin, V. I., “Los sindicatos, la situación y los errores del camarada Trotsky” (30 de diciembre de 1920), en OC, T 34, pp. 288-289.

poder”, característica que justamente le brinda la cualidad de ser una construcción del poder político de abajo hacia arriba. Ahí está Gramsci y el alcance de su pensamiento. Sin embargo, una vez conquistada, democráticamente, la institucionalidad del Estado, esta será efímera y materialmente impotente ante la contrarrevolución despótica, si no garantiza la unicidad del nuevo poder y la derrota plena del poder conservador. Ese es Lenin y la influencia de su pensamiento. Y de ahí, nuevamente a construir, expandir, reactualizar y sedimentar las nuevas estructuras mentales de tolerancia lógica y moral de la sociedad emergente de la revolución. Pero eso, más que Gramsci otra vez, es Durkheim.

III.- REVOLUCIÓN Y SOCIALISMO

¿Fue la revolución soviética una revolución socialista? ¿Qué es una revolución socialista? Y, en definitiva, ¿qué es el socialismo?

La última pregunta nos remite a un viejo debate que se remonta al inicio de las primeras corrientes socialistas del siglo XIX. El propio *Manifiesto comunista* tiene una sección dedicada a la crítica de varias de las tendencias socialistas que prevalecían en su tiempo⁶⁹, desde la feudal, clerical, pequeño burguesa, e incluso la burguesa. Por su parte, en un prólogo posterior, Engels señala que en 1847 el socialismo designa a un movimiento burgués, en tanto que el comunismo se refiere a un “movimiento proletario”⁷⁰. De ahí que Marx y Engels prefieran denominar a la corriente que impulsan simplemente como “comunista”⁷¹ y, a veces, como “socialismo revolucionario”⁷² o “socialismo crítico”⁷³. En sus textos más importantes publicados en vida, Marx se refiere exclusivamente al comunismo como una sociedad de

69 Véase el capítulo III (Literatura socialista y comunista) de Marx, C. y Engels F., “Manifiesto del Partido Comunista”, *op. cit.*, pp. 130-139.

70 Engels, F. “Prefacio a la segunda edición rusa de 1882”, en Marx, C. y Engels F., “Manifiesto del Partido Comunista”, *op. cit.*, p. 101.

71 Véase Marx, C. y Engels F., “Manifiesto del Partido Comunista”, *op. cit.* Y también Marx, C. y Engels, F., *La ideología alemana*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1974.

72 Marx, C., “Las luchas de clases en Francia de 1848-1850”, *op. cit.*, p. 288.

73 Véase Marx, K., *Miseria de la filosofía. Respuesta a la filosofía de la miseria de P.J. Proudhon*, Siglo XXI editores, México, 1987.

“productores libremente asociados”⁷⁴, que supera las contradicciones e injusticias de la sociedad capitalista.

La idea del socialismo como un periodo social previo al comunismo, es difundida principalmente por Engels⁷⁵, apoyado en la diferenciación que Marx hace entre revolución social y revolución política⁷⁶ y sus reflexiones acerca de la “primera fase de la sociedad comunista, tal y como brota de la sociedad capitalista... [y] la fase superior de la sociedad comunista”⁷⁷.

La conformación del partido socialdemócrata tanto en Alemania como en el resto de los países europeos, le brinda una mayor irradiación al concepto de socialismo como régimen social intermedio entre el capitalismo y el comunismo⁷⁸. Lenin, miembro del partido socialdemócrata ruso, recoge esta herencia conceptual y la desarrolla⁷⁹. Hoy, a modo de duelo por el derrumbe del muro de Berlín, hay quienes proponen el abandono del concepto de socialismo como un modo de superar precisamente el fracaso de una revolución que

74 “La figura del proceso social de vida, esto es, del proceso material de producción, sólo perderá su místico velo neblinoso cuando, producto de hombres libremente asociados, éstos hayan sometido a su control planificado y consciente” Marx, *El capital*, T. I, Vol. 1, Siglo XXI Editores, México, 1987, p. 97. También en su descripción de la Comuna, Marx sostiene que con ella se “pretendía abolir esa propiedad de clase que convierte el trabajo de muchos en la riqueza de unos pocos”, que la “Comuna aspiraba a la expropiación de los expropiadores. Quería convertir la propiedad individual en una realidad, transformando los medios de producción, la tierra y el capital, que hoy son fundamentalmente medios de esclavización y de explotación del trabajo, en simples instrumentos de trabajo libre y asociado” Marx, C., *La guerra civil en Francia*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2003, p. 72.

75 Engels, F. Anti - Dühring, Sección Tercera Socialismo, Ediciones de Cultura Popular, México, 1980.

76 Véase Marx, K., *Miseria de la filosofía...*, *op.cit.*

77 Marx, K., *Crítica del programa de Gotha*, en Marx, C. Engels, F., *Obras Escogidas*, T. III, p. 15. Este texto también es conocido como “Glosas marginales al programa del partido obrero alemán”.

78 Véase Kautsky, K., *La revolución social y El camino del poder*, Siglo XXI, Cuad. Pas y Pres., Núm. 68, México, 1978; Bebel, A., *La mujer y el socialismo*, Akal, Madrid, 1977; Luxemburgo, R., “Reforma o Revolución”, en *Obras Escogidas*, T. I, Ediciones Pluma, Buenos Aires, 1976; Korsch, K., *Qué es la socialización*, Ed. Ariel, España, 1975.

79 Véase Lenin, V. I., “A los pobres del campo. Explicación a los campesinos de lo que quieren los socialdemócratas” (marzo de 1903) y “Proyecto de programa del partido obrero socialdemócrata de Rusia” (enero-febrero de 1902), en *OC*, T. 6, pp. 385-459 y 43-50.

concentró los poderes en el Estado, impuso una centralización del capital y redujo la libertad de la sociedad⁸⁰.

Ciertamente, en la actualidad el concepto de socialismo se encuentra desacreditado, no solo por los efectos de la caída de los llamados “socialismos reales”, sino también por la estafa política de los denominados partidos “socialistas” que, tanto en Europa como en algunos países de América Latina, sencillamente legitimaron y administraron con una eficiencia extraordinaria las políticas de despojo social del neoliberalismo. De ahí que últimamente el concepto de comunismo vaya adquiriendo una mayor notoriedad como horizonte radical alternativo al capitalismo⁸¹.

Sin embargo, la pregunta crucial es ¿cuál es el régimen de transición nacional o regional entre el modo de producción capitalista, cuya medida geopolítica es planetaria, y otro modo de producción, cuya medida geopolítica no puede ser también más que planetaria?

Es sabido que el capitalismo engendra infinitas desigualdades, injusticias y contradicciones, aunque ninguna de ellas lo lleva, de manera automática, a su fin; más al contrario, este ha demostrado tener una inusual capacidad para subsumir formal y realmente las condiciones de vida de las sociedades⁸² a su lógica, convirtiendo sus contradicciones y límites temporales en el combustible de su reproducción ampliada. A pesar de ello, sin duda, las injusticias y disponibilidades colectivas no se receptionan de manera homogénea en

80 Véase Negri, T., *Goodbye Mr. Socialism*, Paidós, España, 2007.

81 Véase Badiou, A., *The communist Hypothesis*, Verso, London-New York, 2010; Tariq A., *La idea de comunismo*, Alianza Editorial, Madrid, 2012; Dean, J., *El horizonte comunista*, Bellaterra Edicions, Barcelona, 2013; Bosteels, B., *The actuality of communism*, Verso, London, 2014.

82 Sobre la importancia del concepto de subsunción en la comprensión crítica del capitalismo, véase el capítulo XIII: Maquinaria y gran industria, en Marx, K., *El capital*, T. I, Vol. 2, Siglo XXI Editores, Argentina, 2003, pp. 451-613. Del mismo autor, *El capital; Libro I, Capítulo VI (Inédito)*, Siglo XXI editores, México, 1980; “Economic Manuscript of 1861-63”, en Marx, K. y Engels, F. *Collected Works*, Vols. 30-34, Lawrence & Wishart Ltd. Electric Book, Digital Edition, s.l., 2010.

todos los países. Unos tienen mayor capacidad de compensación económica que otros frente a las crisis recurrentes; unas naciones tienen acumuladas mayores experiencias organizativas y capacidades culturales autónomas que otras. Por tanto, las luchas, resistencias, iniciativas sociales y revoluciones acontecen –y lo seguirán haciendo– de manera excepcional y dispersa en unos países y no en otros.

Hasta el día de hoy, la historia real verificada –no la que sale de los deseos bienintencionados de algún reformador ideal del mundo– muestra que esas contradicciones, injusticias y frustraciones se condensan en un momento dado, en un territorio dado, estallando de manera sorpresiva y excepcional en el “eslabón más débil” de la cadena del capitalismo mundial, dando lugar a un hecho revolucionario. Por lo general, este eslabón se rompe en un país o, a veces, en un conjunto de países, mas nunca de manera planetaria; y frecuentemente, en las “extremidades del cuerpo burgués”⁸³ que son los lugares donde, de manera más lenta, el cuerpo planetario del capital puede reaccionar y compensar los desbalances y las contradicciones generadas continuamente por su lógica de acumulación.

Las formas de estas rupturas históricas del orden mundial son muy diversas y nunca se repiten. Pueden surgir debido a motivos económicos, como el hambre, el desempleo, la contracción de capacidad de gasto de la población, el bloqueo en los procesos de reencasamiento social; o por motivos políticos, como una crisis estatal, una guerra, una represión que quiebra la tolerancia moral de los gobernados, una injusticia, etc.

83 “Por tanto, aún cuando las crisis engendran revoluciones primero en el continente, la causa de éstas se halla siempre en Inglaterra. Es natural que en las extremidades del cuerpo burgués se produzcan estallidos violentos antes que en el corazón, pues aquí la posibilidad de compensación es mayor que allí. De otra parte, el grado en que las revoluciones continentales repercuten sobre Inglaterra es, al mismo tiempo, el termómetro por el que se mide hasta qué punto estas revoluciones ponen realmente en peligro el régimen de vida burgués o hasta qué punto afectan solamente a sus formaciones políticas”. Marx, C., “Las luchas de clases en Francia de 1848-1850”, *op. cit*, p. 295.

Ciertamente, cualquiera que sea el proceso revolucionario, si a la larga este no se irradia a otros países y continentes, termina agotando su ímpetu de masas, termina siendo cercado internacionalmente, soportando enormes sacrificios económicos por parte de su población, y finalmente perece de manera inevitable. Obligada a defenderse a toda costa –como lo había prevenido Rosa Luxemburgo–, la revolución rusa lo hace pagando el precio de centralizar cada vez más las decisiones y sacrificar el libre flujo de la creatividad revolucionaria del pueblo⁸⁴. Así, la energía revolucionaria queda nuevamente subsumida de manera real a la lógica de la acumulación ampliada del capital. Mas si no se hace nada; si no se entregan todas las energías sociales, todas las capacidades humanas y toda la creatividad comunitaria para alcanzar, consolidar y expandir la revolución, la acumulación del capital se consagra rápidamente arrastrando tras de sí el sufrimiento de millones de personas y no solo eso, sino que –lo peor– lo hace bajo la mirada contemplativa y cómplice de los desertores sociales que continuarán engolosinados con sus ociosas especulaciones acerca de una “verdadera revolución mundial”, cuya eficacia irradiadora apenas alcanzará para remover la tasa de café que tienen en frente.

Uno desearía hacer muchas cosas en la vida, pero la vida nos habilita simplemente a hacer algunas. Uno desearía que la revolución fuera lo más diáfana, pura, heroica, planetaria y exitosa posible –y está muy bien trabajar por ello–, pero la historia real nos presenta revoluciones más complicadas, enrevesadas y riesgosas. Uno no puede adecuar la realidad a las ilusiones, sino todo lo contrario; debe adecuar las ilusiones y las esperanzas a la realidad, a fin de acercarla lo más posible a ellas, abollando y enriqueciendo esas ilusiones a partir de lo que la vida real nos brinda y enseña.

84 Luxemburgo, R., “La revolución Rusa” en *Rosa Luxemburg o el precio de la libertad*, Jörn Schütrumpf (ed.) Berlín, Karl Dietz Verlag, 2007, pp 65-96.

Por tanto, a este periodo histórico de inevitables y esporádicos estallidos sociales revolucionarios, capaces de plantearse, de una u otra manera, la superación de alguna o de todas las injusticias engendradas por el capitalismo; a estos momentos históricos que despiertan en la acción de la sociedad trabajadora, formas de participación política llamadas a absorber las funciones monopólicas del Estado en el seno de la sociedad civil; que producen iniciativas capaces de suprimir la lógica del valor de cambio como modo de acceso a las riquezas materiales; a todo ello hay que asignarle un nombre, uno que no es propiamente el comunismo, ya que hablamos de islas o de archipiélagos sociales que dan paso a un nuevo orden económico social planetario, como objetivamente tendrá que ser el comunismo. Se trata de luchas fragmentadas, de revoluciones nacionales o regionales en curso, que buscan apuntalarlo, pero que aún no son el comunismo. Es la fluidez social que “brota de la propia sociedad capitalista”, que contiene dentro de sí al propio capitalismo, pero también a las luchas económicas y políticas que lo niegan de manera práctica, a escala local, nacional o regional. A esta “primera fase” –según Marx– que no es capitalismo ni comunismo en pleno, sino la lucha abierta y descarnada entre capitalismo y comunismo, se le puede dar un nombre provisorio aunque necesariamente distinguible: socialismo, socialismo comunitario, etc.

No obstante, ¿cómo distinguir las revoluciones, los levantamientos y las revueltas que impugnan el capitalismo de aquellas que buscan reformarlo? La frontera entre unas y otras es en realidad inexistente. La revolución soviética demostró que la lucha contra el capitalismo se inició como una lucha por reformas. Las consignas movilizadoras de “paz, pan, libertad, tierra”⁸⁵ no hablaban de comunismo ni de socialismo. En mayo de 1917, cuando el Comandante en Jefe del Ejército ruso Brusilov, visitó la División de soldados que habían expulsado a los oficiales, les preguntó qué querían:

85 Lenin, V. I., “Cartas desde lejos. Primera carta” (7 de marzo de 1917), en OC, T. 24, p. 340.

«“Tierra y libertad”, gritaron todos. “¿Y qué más?” La respuesta fue simple: “¡¡¡Nada Mas!!!”»⁸⁶. Incluso la consigna de “todo el poder a los soviets” fue una consigna democrática. Lo que pasa es que la población nunca pelea ni se moviliza por abstracciones. Desde hace siglos atrás hasta el día de hoy, la población se reúne, debate, entrega su tiempo, esfuerzo y compromiso, se moviliza, lucha, etc., por cosas prácticas que le afectan, que requiere o que le indignan: el pan, el trabajo, las necesidades básicas, el abuso, la represión, el reconocimiento, la participación, etc.; todas ellas necesidades de carácter democrático. Pero es justamente en la conquista de estas necesidades o modo de acción colectiva, que la propia población no solo se decanta en sujetos movilizados: proletarios, campesinos, plebeyos, multitud, pueblo, etc.; sino que además construye, sobre la marcha, los medios para hacerlo: asambleas, consejos, soviets, comunas. Y, a partir de esa experiencia, se va proponiendo, en una cadena de condicionantes gradualmente más radicales, nuevas medidas que modifican la naturaleza social del levantamiento popular hasta plantearse temas como el poder de Estado, la propiedad de la riqueza, los modos de gestionar esas riquezas. Esta potencialidad creativa de la acción colectiva es la que se encuentra simbolizada en la frase: “toda huelga oculta la hidra de la revolución”⁸⁷. Pero eso no significa que de cada huelga se pueda pasar inmediatamente a la revolución –el mismo Lenin nos previene contra esa fraseología⁸⁸–, sino que, bajo ciertas circunstancias de condensación excepcional de contradicciones, los grandes objetivos y las grandes luchas de clases surgen de pequeñas y relativamente simples demandas colectivas.

A mediados de junio de 1917 –comenta Figes–, solo en Petrogrado más de medio millón de trabajadores se declararon en huelga:

86 Figes, O., *op. cit.*, p. 466.

87 Lenin, V. I., “Séptimo Congreso extraordinario del PC (b) R (6-8 marzo de 1918), en OC, T. 28, p. 301.

88 *Ibíd.*

La mayoría de las demandas de los huelguistas eran económicas. Querían salarios más altos para resistir la inflación y suministro de alimentos más fiables. Querían mejores condiciones de trabajo (...). No obstante, en el contexto de 1917, cuando toda la estructura del Estado y el capitalismo estaba siendo redefinida, las demandas económicas eran inevitablemente politizadas. El círculo vicioso de huelga e inflación, de salarios más altos persiguiendo precios más altos, llevó a muchos trabajadores a exigir que el Estado controlara más el mercado. La lucha de los trabajadores para conseguir controlar su propio ambiente laboral, sobre todo para evitar que sus patronos hundieran la producción para mantener sus beneficios, los llevó a exigir cada vez más que el Estado se encargara de la dirección de las fábricas.⁸⁹

Los viejos conceptos leninistas de: contenido de clase (“fuerzas sociales” de la revolución”), organización de clase (“condición subjetiva”) y objetivos de clase (“contenido económico-social” o “condición objetiva”)⁹⁰, describirán la naturaleza social de la revolución soviética que, por cierto, no está definida de antemano y se va haciendo y rehaciendo en el mismo transcurso de la acción. Eso quiere decir que ninguna revolución tiene un contenido predeterminado, sino que ese contenido emerge, se devela y se transforma con el propio despliegue en acto de las fuerzas sociales antagonizadas, pues su naturaleza no solo depende de los sujetos populares constituidos, sino de las acciones de las propias clases dominantes cuestionadas⁹¹. Todo el debate entre bolcheviques y mencheviques acerca del carácter de la revolución de 1905; las complicadas construcciones teóricas sobre la “revolución burguesa” dirigida por el proletariado; la “dictadura revolucionaria democrática del prole-

89 Figes, O., *op. cit.*, pp. 415-416.

90 Lenin, V. I., “Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática” (junio-julio de 1905), en *OC*, pp. 18, 24 y 50ss.

91 “La coincidencia de esta incapacidad de ‘los de arriba’ de administrar el Estado al viejo estilo, y de esta acrecentada renuencia de ‘los de abajo’ a transigir con tal administración del Estado constituye precisamente lo que se denomina (admitamos que no con toda exactitud) una crisis política en escala nacional”. Lenin, V. I., “El receso de la Duma y los desconcertados liberales” (5 de julio de 1913), en *OC*, T. 19, p. 508.

tariado y del campesinado” que no completa la revolución democrática en el agro⁹²; la “revolución proletaria” que entrega el poder a la burguesía⁹³; la primera etapa de la revolución proletaria⁹⁴; la revolución proletaria que da “pasos hacia el socialismo”⁹⁵ o la imposibilidad de conquistar la República y la democracia “sin marchar hacia el socialismo”⁹⁶; hablan de la complejidad de la Revolución de Octubre y de todas las revoluciones que, en realidad, son relaciones sociales en estado ígneo y fluido, por lo que es imposible establecer el momento en que un contenido de clase se consolida de manera sólida. La revolución como licuefacción de relaciones sociales, entremezcla, sobrepone, enfrenta, articula y suma de manera simultánea a clases sociales, objetivas y estructuradas, y solo la voluntad organizada de uno de los bloques sociales puede sobreponer determinados intereses colectivos sobre otros, destacando unos contenidos sociales de la revolución sobre otros. Al final, fruto de la cualidad de las estructuras de movilización (los soviets), de las frustraciones que producen las decisiones del gobierno provisional frente a las masas trabajadoras, y de todo el trabajo por modificar la mentalidad dominante, la relación entre revolución democrática y revolución socialista consiste en que,

...la primera se transforma en la segunda. La segunda resuelve al pasar los problemas de la primera, la segunda consolida la obra de la primera. La lucha, y sólo la lucha, determina hasta qué punto la segunda logra rebasar a la primera.⁹⁷

92 Lenin, V. I., “Cartas sobre táctica” (8-13 de abril de 1917), en *OC*, T. 24, p. 459.

93 Lenin, V. I., “La revolución en Rusia y las tareas de los obreros de todos los países” (marzo de 1917), en *OC*, T. 24, pp. 390-394.

94 Lenin, V. I., “Las tareas del proletariado en la actual revolución” (7 de abril de 1917), en *OC*, T. 24, p. 437.

95 Lenin, V. I., “La revolución proletaria y el renegado Kautsky” (noviembre de 1918), en *OC*, T. 30, p. 150.

96 Lenin, V. I., “La catástrofe que nos amenaza y cómo luchar contra ella” (10-14 de septiembre de 1917), en *OC*, T. 26, p. 442.

97 Lenin, V. I., “Ante el IV aniversario de la Revolución de Octubre” (octubre de 1921), en *OC*, T. 35, p. 488.

En medio de este “caos creador”, uno no puede actuar a ciegas o por capricho teórico conceptual para definir la cualidad de la revolución en marcha. Existen referentes universales que van develando la naturaleza social del proceso revolucionario en curso. Modo de constitución de sujetos políticos, modo de organización de la acción colectiva y modo de proyección de la comunidad actuante, establecen, en el primer caso, el contenido de clase o la manera de fusión de las clases plebeyas como sujetos políticos actuantes; en el segundo caso, la manera de participar y democratizar decisiones para la acción colectiva; y, en el tercer caso, las metas y objetivos que la plebe en acción se va planteando, a partir de su propia experiencia de lucha, para lograr lo que considera un derecho, una necesidad o un desagravio moral. A partir de ello, existen posibilidades de rebelión en contra el capitalismo si los sujetos constituidos como bloque movilizado son los trabajadores, los productores de riqueza material e inmaterial, los pobres, las comunidades campesinas y, en general, la plebe subsumida por la acumulación ampliada del capital. En la medida en que el “trabajo vivo”, en sus infinitas modalidades, es el que se constituye en sujeto político, existe un potencial anticapitalista en marcha.

Igualmente, existen posibilidades de una revolución social en marcha si los modos organizativos de la plebe en acción superan la cáscara fosilizada de la democracia representativa e inventan nuevas y más extendidas maneras de participación plena de las personas en la toma de decisiones sobre los asuntos comunes. Existen tendencias socialistas si la revolución genera mecanismos que incrementan por oleadas y exponencialmente la participación de la sociedad en el debate, en las decisiones que le afectan; y, más aún, si estas decisiones que toman, las toman pensando en el beneficio colectivo, universal de toda la sociedad y no solamente en el rédito individual o corporativo. Finalmente, existe un anti-capitalismo en acción si las decisiones tomadas en el ámbito de la base material de la socie-

dad y de la economía, buscan abrir resquicios a la lógica del “valor de cambio” como orden planetario e introducen, con medidas prácticas –una y otra vez, avanzando, fracasando y volviendo a avanzar– al “valor de uso” como modo de relacionamiento de las personas con las cosas (las riquezas) y de las personas con las personas a través de las cosas.

Clase, grupo en fusión⁹⁸ y valor de uso constituyen por tanto los clivajes estructurales que abren las oportunidades históricas de una nueva sociedad.

El socialismo no es la estatización de los medios de producción

En este dramático aprendizaje del socialismo, no como modo de producción ni como régimen, sino como un contradictorio y condensado campo de luchas en el que el Estado revolucionario juega un papel rector, más no decisivo en todo el movimiento, la revolución soviética es excepcional.

Tras la insurrección de octubre, lo primero que hacen los bolcheviques al momento de tomar el poder de Estado es nacionalizar las tierras de los grandes terratenientes, disolver las grandes haciendas para distribuir las en pequeñas parcelas campesinas⁹⁹, nacionalizar algunas industrias, establecer el monopolio estatal del cereal y nacionalizar los bancos¹⁰⁰. Es el cumplimiento de las medidas que habían sido anunciadas por los bolcheviques y debatidas en los soviets. Con ello, se democratiza el acceso a los medios de producción en el campo, en tanto que en el ámbito de la industria y la banca, se centraliza estatalmente la propiedad y la gestión. Lenin

98 Véase Sartre, J. P., *Crítica de la razón dialéctica I*, Editorial Lozada, Biblioteca de Obras Maestras del Pensamiento, Buenos Aires, 2004.

99 Pipes, R., *op. cit.*, pp. 778-784.

100 G. Bofa, *La revolución rusa*, t. 2, México, Era, 1976, p. 258.

estaba consciente de que si bien la estatización no representaba directamente la socialización de la producción que, en todo caso, requería de una articulación social con las otras empresas del país y el control directo de esta forma de articulación¹⁰¹ por parte de los trabajadores, sí constituía un medio de expropiación de parte del poder económico de la burguesía y de su concentración en la administración del Estado.

En 1918, en medio del acoso por la guerra civil, del asedio de los ejércitos extranjeros, del sabotaje económico de la burguesía, pero también con la convicción que de esta manera se profundizaban las medidas socialistas¹⁰², se asume lo que fue denominado como el “comunismo de guerra”. Según Trotsky,

...(el comunismo de guerra) en su concepto original perseguía fines más amplios. El gobierno soviético confiaba se esforzaba por transformar directamente estos métodos de reglamentación en un sistema de economía planificada de distribución y de producción. Dicho de otro modo, a partir del (comunismo de guerra), confiaba cada vez más, aunque sin echar abajo el sistema, en implantar un comunismo verdadero.¹⁰³

Para garantizar la alimentación en las ciudades bajo un sistema de control estatal, todos los excedentes agropecuarios que quedaban una vez descontado lo indispensable para la familia campesina, son requisados para su distribución planificada. Y al requisarse los excedentes, no queda nada para comercializar, con lo que simultáneamente se suprime el comercio agrícola; los mercados rurales son prohibidos; se suprime el dinero como modo de intercambio y se implanta el trueque regulado por el Estado¹⁰⁴. Previendo la

101 Lenin, V. I., “Infantilismo de izquierda y la mentalidad pequeño burguesa” (mayo de 1918), en OC, T. 29, p. 87ss.

102 Véase Bukharin, N., *The Path to Socialism in Russia*, Omicron Books, New York, 1967.

103 Trotsky, citado en Pipes, R., *op. cit.*, pp. 727-728.

104 Pipes, R., *op.cit.* p.729.

resistencia campesina a esta expropiación y, con la perspectiva de impulsar el trabajo asociado, se promueve, desde el Estado, la creación de granjas colectivas en tierras asignadas por éste. En el ámbito industrial-urbano, se militarizan los sindicatos a fin de garantizar una férrea disciplina laboral obrera frente al asedio externo; paralelamente se suprime la compra y venta de productos entre empresas del Estado; y el intercambio de insumos es definido por la administración de gobierno. Al mismo tiempo, se impulsa la toma de pequeñas empresas por parte de los obreros en los distintos municipios y se define el salario de manera plana para todas las personas¹⁰⁵. Y en lo que será un ataque directo a la propiedad privada, se ilegaliza la herencia de bienes¹⁰⁶. En los hechos, de la expropiación de la propiedad de las tierras y las empresas por parte del Estado, se transita hacia intentos por suprimir parcialmente el mercado e incluso el dinero como medio de intercambio entre productores y empresas. Hablamos de una medida impuesta desde el Estado, que aparece no solo como el gran propietario sino como el medio de intercambio y de circulación de los productos. Analicemos esto más de cerca a fin de develar la fuerza y el límite de una medida tan audaz.

Claramente, esta decisión representa un esfuerzo por sustituir la ley del valor y el tiempo de trabajo abstracto (valor de cambio) como medida y medio del acceso a otros productos del trabajo considerados útiles para otras personas (valor de uso); sin embargo, no constituye una superación económica del valor de cambio –tal como Marx la imaginó¹⁰⁷–, sino una coacción extraeconómica que es uti-

105 Véase Serge, V. “El comunismo de guerra”, en *El año I de la Revolución Rusa* (Serie Historia y Arqueología), Siglo XXI, México, 1967.

106 Pipes, R., *op. cit.*, p.728.

107 “Pero a medida que se desarrolla la gran industria, la creación de la riqueza real depende menos del tiempo de trabajo y de la cantidad de trabajo invertido que de la potencia de los agentes puestos en movimiento durante el tiempo de trabajo y cuya poderosa efectividad no guarda a su vez relación alguna con el tiempo de trabajo directo que ha costado su producción, sino que depende más bien del estado general y del progreso de la tecnología o de la aplicación de esta ciencia a la producción... En esta transformación, lo que aparece como el gran pilar fundamental de la producción y de la riqueza no es ya el trabajo directo que el hombre mismo ejecuta, ni el tiempo durante el cual trabaja, sino la apropiación de su fuerza

lizada para buscar anularlo. Tampoco se trata del Estado actuando como sujeto de decisiones generales y universales, sino de algunos funcionarios públicos definiendo, a cada momento y de manera personal, el modo de supresión de la lógica del valor de cambio por una manera subjetiva de entender el “valor de uso”. Claro, al momento de “medir” lo que una empresa “X” debía entregar a otra empresa “Y” por el acceso a sus respectivos productos, el cálculo y criterio subjetivo del funcionario estatal determina la magnitud del valor de uso intercambiado. Por tanto, esta preponderancia del valor de uso sobre el valor de cambio no funciona como una regla universal aplicada bajo criterios universales, sino como una norma universal aplicada bajo criterios personales. Es decir, el valor de uso es aquí básicamente una voluntad subjetiva y no una relación social general. Entonces, el valor de uso se sobrepone al valor de cambio en el cálculo de medida de la riqueza intercambiable, como resultado de una decisión, de un poder personalizado, esto es, como un modo de privatización no de la propiedad sino de la gestión del modo de intercambio de riquezas.

Por consiguiente, la “superación” de la ley del valor en realidad representa una coacción gradualmente privada, privatizada en las decisiones de esa “parte” de la sociedad que se encuentra en las funciones de administración estatal. Y si bien estas decisiones personales delegadas por el poder del Estado no incrementarán la riqueza personal del decisor (valor de cambio que incrementa valor

productiva general, su capacidad para comprender la naturaleza y dominarla mediante su existencia como cuerpo social; en una palabra, el individuo social. *El robo de tiempo de trabajo ajeno, en el que descansa la riqueza actual* se revela como un fundamento miserable, al lado de este otro, creado y desarrollado por la gran industria. Tan pronto como el trabajo en forma directa deje de ser la gran fuente de riqueza, el tiempo de trabajo dejará y tendrá que dejar necesariamente su medida y, con ello, el valor de cambio (la medida) del valor de uso. *El plustrabajo de la masa* dejará de ser condición para el desarrollo de la riqueza general, lo mismo que la ausencia de trabajo de los pocos dejara de ser condición para el desarrollo de las potencias generales de la cabeza del hombre. Con ello, se vendrá por tierra la producción basada en el valor de cambio y el proceso directo de la producción se despojará de su forma y de sus contradicciones miserables”. Marx, C., *Grundrisse. Lineamientos fundamentales para la crítica de la economía política 1857-1858*, T. II, Fondo de Cultura Económica, México, 1985, pp. 114-115.

de cambio de su poseedor) y se ejecutarán con el objetivo de buscar el bienestar general de la sociedad, sí aumentarán el poder político acumulado por el decisor y por ese grupo (“parte”) de administradores estatales. En términos bourdianos¹⁰⁸, nos encontramos frente a una reconversión del “capital económico” hacia una forma de “capital político” acaparado por la burocracia estatal y no ante la supresión ni la superación de la ley del valor, que es el núcleo del capitalismo moderno. En el fondo, esto es lo que se encuentra en juego en las distintas modalidades de capitalismo de Estado, con la diferencia de que en unos casos, se busca regular estatalmente la reproducción ampliada del capital privado para reducir los costos sociales de la anarquía del mercado capitalista; mientras que en otros, como en el caso de la Rusia soviética, se trata del tránsito necesario para expropiar rápidamente el poder económico (“capital económico”) a la burguesía y reconvertirlo en “capital político” e, inmediata y gradualmente, buscar democratizarlo o devaluarlo crecientemente de manera que finalmente deje de ser un “capital político” acumulable.

Todo el debate y los giros conceptuales leninistas respecto al “capitalismo de Estado” y su relación con el “socialismo”¹⁰⁹, se resumen en la complejidad política de esta reconversión forzosa de poder económico (capital económico) de las clases propietarias –incluida la campesina–, en poder político de los administradores del Estado (capital político) y la búsqueda de vías y, sobre todo, de alianzas necesarias para lograr la extinción de ese capital acaparable y reintegrarlo a la sociedad como una más de las funciones de administración ejecutable por todos. En términos leninistas: “el socialismo no es más que el monopolio capitalista de Estado *puesto al servicio*

108 Véase Bourdieu, P., *Meditaciones pascalianas*, Anagrama, España, 1999.

109 Véase Lenin, V. I., “Economía y política en la época de la dictadura del proletariado” (30 de octubre de 1919), en OC, T. 32, pp. 84-97; “La catástrofe que nos amenaza y cómo luchar contra ella” (10-14 de septiembre de 1917), en OC, T. 26, pp. 403-448; “El impuesto en especie” (21 de abril de 1921), en OC, T. 35, pp. 200-239.

de todo el pueblo y que, por ello, *ha dejado* de ser monopolio capitalista”¹¹⁰. Pero esta ruta de gran expropiación y centralización de la propiedad y la contabilidad económica, que debiera dar lugar luego a su disolución en la sociedad, tiene el efecto de unir al proletariado y al Estado frente a los capitalistas, y también frente a los campesinos, que son propietarios y utilizan el mercado para realizar su excedente. Por tanto, enfrenta a “la pequeña burguesía más el capitalismo privado, que luchan tanto contra el capitalismo de Estado como contra el socialismo”¹¹¹.

A tres años de este recorrido, la revolución soviética genera como resultado una creciente fractura entre obreros y campesinos y un desastre económico que lleva a que la industria pesada caiga al 20 por ciento de la producción de 1913; que el 75 por ciento de las locomotoras no funcionen; que el mercado negro se imponga sobre la prohibición del comercio; y que las ciudades más grandes pierdan el 50 por ciento de sus habitantes¹¹². En menos de tres años, la inflación llega al 10.000 por ciento, el Producto Interno Bruto de 1920 alcanza apenas al 40 por ciento de su nivel en 1913; la producción industrial cae al 18 por ciento y la productividad al 23 por ciento, en tanto que la producción agrícola llega al 60 por ciento en el mismo periodo¹¹³. Petrogrado pierde dos terceras partes de sus habitantes que prefieren ir al campo en busca de fuentes de alimentos¹¹⁴. Pero lo peor de todo es que, a pesar de toda la radicalización de medidas en contra del mercado, del uso del dinero y del valor de cambio como medida de la riqueza, las relaciones capitalistas en realidad no habían sido alteradas. De ahí que Lenin, al evaluar los resultados del llamado “comunismo de guerra” (que buscaba acelerar la cons-

110 Lenin, V. I. “La catástrofe que nos amenaza y cómo luchar contra ella” (10 - 14 de septiembre de 1917), en OC, T. 26, p. 441.

111 Lenin V. I., “Infantilismo de izquierda y la mentalidad pequeño burguesa” (mayo de 1918), en OC, T. 29, p. 90.

112 Véase Werth, N., *¿Qué sais-je? Histoire de l’Union soviétique de Lénine à Staline (1917-1953)*, Presses Universitaires de France, Paris, 2013.

113 Pipes, R., *op. cit.* pp. 754-757.

114 Figes, O., *op. cit.*, pp. 666-670.

trucción de relaciones socialistas en la economía) admite el fracaso de ese intento y la inevitabilidad de permanecer “en el terreno de las relaciones capitalistas existentes”¹¹⁵. Adelantándose a Gramsci en la utilización de categorías de estrategia militar, “guerra de posiciones” y “guerra de movimientos”, al ámbito de la lucha social, sostiene que se había cometido el error de querer emprender el paso inmediato a la producción y distribución comunistas:

En la primavera de 1921 se hizo evidente que habíamos sufrido una derrota en nuestro intento de implantar los principios socialistas de producción y distribución mediante el “asalto directo”... La situación política... nos mostró que... era inevitable... pasar de la táctica del “asalto directo” al “asedio”.¹¹⁶

Pero, ¿qué supuso ese “asalto directo”? Las expropiaciones estatales de las grandes empresas industriales, de los excedentes de la producción agrícola; la supresión del mercado por coacción estatal; el pago salarial nivelado por decreto a todos por igual. “Suponíamos que al introducir la producción estatal y la distribución estatal, habíamos creado un sistema económico de producción y distribución diferente al anterior”¹¹⁷, pero fracasamos –sostendrá Lenin–; al final, el resultado fueron nuevas “relaciones capitalistas”. En 1921, la autocrítica leninista será lapidaria pero exacta al momento de anular estas medidas: pese a todas las estatizaciones, la supresión del dinero y los mercados, el capitalismo se mantiene y “la verdad es que la expresión de Unión de Repúblicas Socialistas significa la voluntad de poder soviético de realizar el tránsito al socialismo, y de ningún modo que las nuevas formas económicas puedan ser consideradas socialistas”¹¹⁸.

115 Lenin, V. I., “VII Conferencia del partido de la provincia de Moscú” (29-31 de octubre de 1921), en OC, T. 35, pp. 527-552.

116 *Ibid.*, p. 539.

117 *Ibid.*, p. 534.

118 Lenin, V.I., “El impuesto en especie” (21 de abril de 1921), en OC, T. 35, pp. 203-204.

Esta reflexión leninista es decisiva a la hora de evaluar el imaginario programático de la izquierda de los últimos 100 años. Hasta 1921, para los izquierdistas –y probablemente para Lenin–, la estatización de los medios de producción era la principal medida que separaba al capitalismo del socialismo. De ahí que no existiera programa, para ningún partido político socialista o comunista, que no pusiera como máxima tarea a instaurar, la estatización de la industria, la banca, el comercio exterior, etc. Sin embargo, la argumentación de Lenin a partir de la experiencia de la revolución en macha es que no importa cuánta estatización se pueda hacer, ello no implica un nuevo “sistema de producción y distribución diferente”; más aún, esas estatizaciones se siguen desarrollando al interior de las “relaciones capitalistas existentes”.

Claro, la estatización concentra y monopoliza la propiedad de fábricas, dinero y bienes materiales de las clases poseedoras. Al estatizar esos recursos, el Estado les quita la base material a las anteriores clases propietarias, que no solo pierden recursos, dinero y ahorros, sino que además pierden poder de decisión, de influencia social y probablemente poder político. Esto debilita a la antigua burguesía como clase y extingue su condición demográfica, estadística¹¹⁹. Políticamente, es una medida que socaba el poder de las burguesías gobernantes y abre un espacio de acción de las clases insurrectas para consolidar su poder y sus iniciativas históricas. Pese a todo ello, la contabilización del tiempo de trabajo abstracto sigue regulando el intercambio de las mercancías en el mercado interno y externo, vía exportaciones e importaciones de insumos, maquinaria, etc.

El gerente y administrador de la fábrica puede ser desalojado y los trabajadores asumir en asamblea la toma de decisiones sobre la producción –ciertamente, un gran paso revolucionario en la concien-

119 Véanse los capítulos 20 y 21, en Lewin, M., *El siglo soviético. ¿Qué sucedió realmente en la Unión Soviética?*, Crítica, Barcelona, 2006.

cia proletaria porque derrumba en el imaginario de los obreros la creencia de que el dueño y gerente son los únicos que “saben” cómo realizar la actividad productiva—, pero luego hay que comercializar los productos para acceder a materia prima, pagar las deudas y garantizar el salario de los obreros que se alimentan y consumen de lo que se produce en otras fábricas y en la agricultura. Eso obliga a volver a la medida del valor de cambio, al tiempo de trabajo abstracto capitalista como medida de cambio de los productos entre las fábricas, con los proveedores y con los propios trabajadores que han tomado el poder en el centro de trabajo. Se puede expropiar los bancos para quitarles la propiedad y el poder a los banqueros, pero el dinero continuará siendo el equivalente general del tiempo de trabajo abstracto que guía los comportamientos y pensamientos de las personas en su vida diaria, en sus transacciones, en sus cálculos económicos familiares.

Si bien la intervención del poder de Estado, en base a la coerción, puede reemplazar el tiempo de trabajo abstracto, (el dinero) para el intercambio de productos de una fábrica con otra sin que pasen por el mercado; puede regular, en base a criterios de necesidades, el intercambio entre productos industriales y agrícolas; puede sustituir el salario por una asignación de insumos para el consumo familiar; con todo eso, simplemente se produce una suspensión aparente de la ley del valor, de la lógica fundante del capitalismo. Los administradores estatales, apoyados en el monopolio de la coerción, legitiman y sustituyen aquí la función del dinero, del mercado y del valor de cambio. Sin embargo, se trata de una suspensión y supresión aparente de la ley del valor y del mercado. Aparente, porque en su lugar no se tiene una nueva relación económica que la sustituya, sino una coacción extra económica que la impide. Además, al tratarse de una relación política que sustituye a la relación económica, su límite radica en que solo se ejecuta al interior del país que la asume y no en su relación con el resto de países que siguen

regulando sus intercambios y su producción en base a la ley del valor de cambio. E incluso al interior del país en cuestión, la relación política solo es efectiva allá donde llega el poder político, vía funcionarios, y donde ellos no hayan sido expulsados y asesinados por los campesinos sublevados¹²⁰.

Mas, como la burocracia estatal no puede estar presente en cada uno de los poros de la sociedad o en cada actividad social, la lógica económica de las cosas, tatuada en el cerebro de las personas, en sus hábitos y cálculos económicos personales y familiares, brota por todos lados, convirtiendo los micro espacios públicos y legales en los que el Estado impone su criterio, en simples archipiélagos asediados por un mar de relaciones económicas reales clandestinas. Así, surge el mercado negro¹²¹ en las comunidades rurales y los barrios, no solo para la venta de productos agrícolas, sino también de insumos industriales para los pobladores¹²²; emergen los privilegios de acceso a mayores bienes de consumo para las personas cercanas a las estructuras estatales¹²³: según Pipes, de las 21 millones de cartillas de racionamiento de las ciudades, solo 12 correspondían a la población realmente existente¹²⁴, mientras que el resto (9 millones) quedaba en manos de la burocracia, además de que gran parte de los productos comercializados en el mercado negro, eran los que el Estado entregaba gratuitamente a las personas¹²⁵. Retorna el trueque como medida informal, generalizada y clandestina de la ley del valor de cambio; surge la doble contabilidad industrial, una para conocimiento de la administración del Estado, otra para establecer la sostenibilidad real de las empresas. Y si a ello le sumamos el hecho de que todos los intercambios de productos con otros paí-

120 Véase "Kulaks, hombres de saco y encendedores de cigarrillo" en Figes, O., *op. cit.*

121 Figes, O., *op. cit.*

122 Carr, E. H., *El Interregno (1923-1924): Historia de la Rusia Soviética*, Alianza Editorial, España, 1987, p. 23.

123 Véase "Camaradas y comisarios", en Figes, O., *op. cit.*,

124 Pipes, R., *op. cit.*, p. 759.

125 *Ibíd.*

ses (materias primas, tecnología, maquinarias, repuestos, productos elaborados, ropa, alimentos, etc.), cada vez más intensos por la propia mundialización de la producción, el conocimiento y la tecnología, se tienen que hacer con dinero, bajo las reglas del mercado y el imperio de la ley del valor de cambio, una fuerza económica extra nacional entra en acción para presionar cada segundo sobre las actividades de las familias y empresas puestas bajo control revolucionario. Surge el tráfico de productos de las economías familiares y de las propias industrias estatales, más una especie de esquizofrenia social: la lógica del valor de uso en las actividades reguladas y controladas por el Estado; la lógica del valor de cambio en las actividades subterráneas y cotidianas, de intercambios internos y externos. Lenin se refiere a esto cuando habla del fracaso de la implementación del comunismo de guerra:

Suponíamos que al introducir la producción estatal y la distribución estatal, habíamos creado un sistema económico de producción y distribución diferente del anterior... Dijimos esto en marzo y abril de 1918, pero no nos preguntamos sobre los vínculos de nuestra economía con el mercado y el comercio.¹²⁶

En síntesis, por la fuerza histórica de su existencia previa y de su existencia externa mundial en medio de la cual se desarrollan intercambios obligatorios y necesarios, la lógica económica automática del trabajo abstracto se impone sobre la coerción política. Y, a la larga, la suspensión del capitalismo se devela como aparente al no contarse con una nueva relación económica que lo sustituya, sino simplemente con una voluntad política impuesta, tanto más débil cuanto más coacción requiera; tanto más inútil cuanto más vigilancia burocrática necesite¹²⁷; tanto más injusta cuanto más privilegios de una pequeña elite política

126 Lenin, V. I., "VII Conferencia del partido de la provincia de Moscú" (29-31 de octubre de 1921), en *O C*, T. 35, p. 534.

127 Hubo extremos en los que la obsesión para controlar burocráticamente la gestión económica lleva a que, en una sobreposición de vigilancias para vigilar a los que vigilan, más de 50

admita. Si a ello le sumamos el hecho de que las condiciones de vida primordiales que se regulan estatalmente son inferiores a las establecidas por el viejo régimen, toda la fuerza del pasado se abalanza sobre la memoria de los ciudadanos en busca de reconstruir las viejas lógicas económicas del mercado, el salario y la acumulación en los hábitos cotidianos. Ciertamente, el socialismo jamás podrá ser la socialización o la democratización de la pobreza, porque fundamentalmente es la creciente socialización de la riqueza material.

Internamente vista, la coerción estatal extraeconómica tampoco implanta un sistema universalizable. Los intercambios entre empresas que sustituyen al mercado dependen de las apreciaciones personales de los funcionarios que definen, en base a criterios subjetivos, lo que debe recibir una empresa a cambio de la entrega de determinado producto. Igualmente, las requisas a los excedentes agrícolas se imponen suponiendo condiciones de consumo promedio; en tanto que la sustitución del salario por una asignación de bienes de consumo familiar promedio presupone un nivel de condiciones de vida que nada tiene que ver ni con el desempeño laboral (trabajo manual, trabajo intelectual, trabajo intensivo, condiciones insalubres, etc.) ni con un nivel de necesidades socialmente acordado. Al asumir la responsabilidad de decidir la cantidad “necesaria” de los intercambios a fin de sustituir el dinero y el valor de cambio, el Estado no solo se ve arrastrado a cometer un sinnúmero de abusos y extorsiones, e incluso a confiscar las propias condiciones mínimas de subsistencia de obreros y campesinos¹²⁸, sino que, además, hace recaer en un grupo de personas, en una “parte” de la sociedad (los administradores del Estado), lo que le corresponde a toda ella; con lo que esa “parte” decisional deviene en un cuerpo privado superpuesto al cuerpo general. Así, la sustitución del dinero y del mercado que, supuestamente debería suprimir el poder de unos pocos

funcionarios controlen el desempeño de 150 obreros. Pipes, R., *op. cit.*, p. 752.

128 Figes, O., *op. cit.*, pp. 670-750.

(los poseedores de capital económico) por el poder de toda la sociedad, únicamente reinscribe el poder de otros pocos (los poseedores de capital político) por sobre toda la sociedad. Con ello –y de mantenerse esa división de funciones por mucho tiempo–, la lógica política del capitalismo simplemente se vuelve a reinstalar pero ya no en términos de propiedad sobre los medios de producción y poder económico concentrado, sino de administración monopólica de los medios de producción y poder político concentrado. En términos marxistas, cuando el Estado actúa como “terrateniente soberano” –también podríamos decir como “empresario soberano”–, la expropiación del “trabajo excedente” por vías extraeconómicas implica algún tipo de servidumbre y de “pérdida de la libertad personal”¹²⁹. Todo el debate sobre la “militarización del trabajo” y “el trabajo obligatorio”, en los hechos, reedita, bajo ropaje marxista, esta tendencia al renacimiento de relaciones serviles¹³⁰.

A contracorriente de lo que la izquierda mundial creyó durante todo el siglo XX, la estatización de los grandes medios de producción, de la banca y del comercio, no instaura un nuevo modo de producción ni instituye una nueva lógica económica –mucho menos el socialismo–, porque no es la socialización de la producción. Esto requiere otro tipo de relaciones económicas en la producción y de relaciones sociales en el intercambio, muy distintas a la sola intromisión o presencia estatal. En otras palabras, uno de los fetiches de la izquierda fallida del siglo XX: “la propiedad del Estado es sinónimo de socialismo”, es un error y una impostura. Incluso hoy se tiene un izquierdismo deslactosado que, desde la cómoda cafetería en la que planifica terribles revoluciones al interior de la espuma del capuchino, le reclama a los gobiernos progresistas más estatizaciones para instaurar el socialismo inmediatamente.

129 Marx, C., *El capital*, T. III, Siglo XXI Editores, México, 2000, p. 1006.

130 Pipes, R., *op. cit.*, pp. 765-768.

En los hechos, la revolución soviética demostró que esa postura radical es solo una ilusión. Las estatizaciones derrumban el poder de la burguesía, sí, pero en el marco del dominio de las relaciones capitalistas de producción. Las estatizaciones crean condiciones para una mayor capacidad política de las iniciativas de las fuerzas revolucionarias, sí, pero mantienen inalterable la lógica del valor de cambio en los intercambios y el comercio de productos del trabajo social. No importa cuántos decretos se emitan combinando las palabras estatización y socialismo. Solo una política precisa de alianzas entre las clases plebeyas para gestionar a escala nacional los asuntos comunes de toda la sociedad; solo un impulso hacia nuevas formas asociativas voluntarias de los trabajadores en los propios centros de producción y su creciente articulación con otros centros de producción; solo una constante democratización de las estructuras estatales que apoyen esos procesos comunitarios; solo una estabilidad económica que garantice las condiciones básicas de vida, pero ante todo tiempo para estos aprendizajes colectivos; solo una irradiación de la revolución a otros países; pueden crear las condiciones de una nueva sociedad. Más todavía, el socialismo es ese proceso de luchas, alianzas y aprendizajes contradictorios.

En la Rusia revolucionaria, la estatización, no como sinónimo de construcción del socialismo, sino como un medio flexible y temporal para crear las condiciones que ayuden a las iniciativas de la sociedad trabajadora, emerge de los debates y las acciones que sustituyen el fracaso del “comunismo de guerra” y la implementación de la llamada Nueva Política Económica (NEP), obligando, según Lenin, a “reconocer... un cambio radical en toda... nuestra visión del socialismo”¹³¹ .

131 Lenin, V. I., “Sobre el cooperativismo” (6 de enero de 1923), en *OC*, T. 36, p. 502.

La base material de la continuidad revolucionaria: la economía

La NEP desmonta los mecanismos de la socialización aparente que introduce el “comunismo de guerra” –que, al final, no tiene nada de comunismo–; aplaca el sobredimensionamiento que se le había otorgado al Estado revolucionario como constructor decisivo del socialismo; y restituye la economía y las relaciones económicas (empezando por el bienestar de la población) como el escenario decisivo donde, una vez conquistado el poder político, se concentran las luchas fundamentales para la construcción del socialismo¹³².

Ya en 1918 se modifica el sistema salarial diferenciando el salario de los especialistas “según escalas que corresponden a relaciones empresariales”¹³³. En los hechos, la práctica demuestra que las funciones administrativas y técnicas en las fábricas e instituciones estatales requieren de un conocimiento especializado, y que aquellos que poseen esos conocimientos imprescindibles para poner en marcha la industria, no pertenecen a las clases laboriosas ni están dispuestos a trabajar por la escasa remuneración ofrecida por el Estado, de manera general para todos, especialistas y no especialistas. La parálisis de los centros productivos obliga a los bolcheviques a modificar su escala salarial única y a pagar salarios mucho más elevados a los expertos, para garantizar el funcionamiento de la producción. Con ello, queda claro que el ideal comunista de nivelación de ingresos no puede imponerse ni hacerse de manera inmediata, y mucho menos como nivelación hacia abajo.

La reintroducción de escalas diferenciadas en la remuneración salarial es la primera “abolladura” conceptual que los bolcheviques tienen que asumir para garantizar la continuidad de la producción material y, con ello, la continuidad del proceso revolucionario capaz

132 Véase Lenin, V. I., “Conferencia del partido de la provincia de Moscú” (octubre de 1921), en OC, T. 35, pp. 527-552.

133 *Ibíd.*, p. 533.

de modificar a la larga esa producción material. Y es que, a excepción de las clases propietarias de los grandes medios de producción que deben ser expropiadas para diluir su poder económico-político, la revolución se juega su hegemonía solo si es capaz de mejorar – no de empeorar– las condiciones de vida de las clases laboriosas. La regla básica del marxismo de que la base material influye en las otras esferas de la sociedad, no siempre es tomada en cuenta por los revolucionarios, que pueden llegar a sobredimensionar la voluntad y la acción política como motores de cambio. Si bien estos últimos son factores dinámicos que construyen identidad colectiva, conducen acciones, articulan y potencian esperanzas; emergen aleatoriamente de una base material, abren un abanico de opciones de cambio y son eficientes en la medida en que permanentemente retroalimenten cambios en esa base material. Sin base material, no existen potencialidades revolucionarias que espolear y, por tanto, devienen en impotencia discursiva.

La NEP derrumba buena parte de las ilusas concepciones pre-constituidas acerca de la construcción del socialismo, ayuda a precisar lo que el socialismo es en realidad y fija con claridad las prioridades que una revolución en marcha debe resolver.

Desde 1921, la confiscación de granos de las familias campesinas es sustituida por el impuesto en especie, liberando la producción excedentaria para el comercio agrícola¹³⁴. Y las granjas colectivas (sovjovi) creadas durante los primeros años de la revolución, se comienzan a arrendar a personas privadas que debían pagarle una renta al Estado. Se garantiza el funcionamiento de la antigua comunidad rural (mir) con su distribución periódica de tierras, pero también la posibilidad, si desea el campesino, de quedarse con la tierra, arrendarla y contratar jornaleros agrícolas¹³⁵. Para

134 Lenin, V. I., "X Congreso del PC(b)R" (8-16 de marzo de 1921), en *OC*, T. 35, pp. 9-116.

135 Carr, E. H., *Historia de la Rusia soviética. La Revolución bolchevique (1917-1923)*. 2. *El orden económico*, Alianza Editorial, Madrid, 1978, pp. 302-303.

darle mayor estabilidad al campesino, si bien la tierra le pertenece al Estado, el derecho a usufructuarla se le garantiza por tiempo indefinido, al igual que el derecho a disponer de los excedentes de sus productos en el mercado libre¹³⁶.

Complementariamente, para apoyar a la economía campesina, se toman medidas que impulsan el restablecimiento de las pequeñas industrias privadas vinculadas al abastecimiento de sus insumos¹³⁷. Las industrias con no más de 20 trabajadores quedan fuera de las nacionalizaciones y se autoriza el arrendamiento de pequeñas y medianas empresas del Estado a personas privadas y cooperativas a fin de sacarlas del estancamiento en las que se hallan. En cuanto a las grandes industrias estatales, se establece que los intercambios con otras industrias ya no dependan de la burocracia estatal sino que cada una de ellas disponga directamente de sus recursos financieros y materiales¹³⁸. Para 1923, según E. H. Carr, el 85 por ciento de las industrias llegan a estar en manos privadas, pero el 84 por ciento de los obreros industriales se ubican en las grandes empresas estatales¹³⁹.

Al suprimirse la remuneración homogénea y la obligatoriedad de cada empresa estatal de velar por su funcionamiento a partir de sus propios recursos, se restablecen los principios comerciales en la gestión de las empresas, lo que lleva a que la remuneración de los trabajadores sea considerada en los balances generales como salario¹⁴⁰, sometida a la ley del valor de cambio.

Desde ese momento, cada industria estatal y privada comienza a depender oficialmente del mercado para la provisión de sus insu-

136 *Ibíd.*, p. 310.

137 *Ibíd.*, p. 310.

138 *Ibíd.*, pp. 312-313.

139 *Ibíd.*, p. 316.

140 *Ibíd.*, p. 317.

mos (incluido el combustible) y la realización de sus productos, lo que les obliga a esforzarse en sus estructuras de costos y productividad a fin de garantizar su funcionamiento, ya que el acceso a créditos estatales se encuentra obligatoriamente subordinado a su cálculo de rentabilidad¹⁴¹. Desaparecen las subvenciones para las empresas estatales y, con ello, también el estancamiento técnico y productivo que tiende a caracterizar a este tipo de gestión estatal subvencionada cuando, en vez de una medida temporal redistributiva, es asumida como un modo de gestión económica permanente.

En 1922, a través de un decreto, se prohíbe todo tipo de reclutamiento laboral forzoso y se restablecen los procedimientos de contrato y despido como modos regulares de acceso a fuerza laboral¹⁴². Ya desde 1921 los salarios habían sido ligados a la productividad. Se fija un salario mínimo obligatorio en tanto que los sindicatos vuelven a ser las estructuras mediadoras entre el trabajador y la gerencia empresarial para establecer las condiciones de empleo¹⁴³. En 1922, bajo las nuevas relaciones de contratación, se despiden a cerca del 40 por ciento de los trabajadores en la industria ferroviaria, en tanto que en la industria textil, la cantidad de obreros por cada 1.000 telares pasa de ser 30 durante el “comunismo de guerra”, a menos de la mitad, 14. Desde entonces, la filiación sindical es voluntaria; se suprimen los subsidios estatales a los sindicatos¹⁴⁴, y estos últimos son retirados del control de la seguridad social que queda a cargo de una instancia estatal¹⁴⁵.

A tiempo que se restablecen los mecanismos del comercio privado tanto en las ciudades como en el campo¹⁴⁶, las restricciones en la disposición de dinero por parte de las personas particulares son levanta-

141 *Ibíd.*, pp. 318, 321.

142 *Ibíd.*, p. 333.

143 *Ibíd.*, pp. 334-35.

144 *Ibíd.*, p. 342.

145 *Ibíd.*, p. 342.

146 *Ibíd.*, pp. 345-350.

tadas a la vez que cualquier riesgo de confiscación de los ahorros bancarios en las cooperativas y bancos municipales que empiezan a surgir, es eliminada. También se crea un banco estatal como ente regulador de la economía nacional¹⁴⁷ y numerosas cajas de ahorro estatales¹⁴⁸ para el fomento del ahorro ciudadano. Complementariamente, se establecen nuevas tasas impositivas sobre la venta de productos, e incluso sobre los elevados ingresos salariales¹⁴⁹.

En conjunto, la NEP restablece las formas regulares de la economía de mercado y de la economía capitalista que, como bien recuerda Lenin, siguen existiendo pese a la radicalidad de las medidas adoptadas durante el “comunismo de guerra”. La supresión de las requisas y el restablecimiento del comercio de productos agrícolas reorganiza, sobre nuevas bases, la relación política entre los obreros de la ciudad y del campo. En una sociedad con una base campesina mayoritaria o grande, ningún poder estatal –y mucho menos el que se instaura a nombre de las mayorías sociales populares–, se puede ejercer coercitivamente en contra de esa mayoría social. A corto plazo, ello provoca no solo sublevaciones campesinas e incluso obreras contra el Estado revolucionario¹⁵⁰, sino que es a todas luces un contrasentido pues se trata de una nueva “minoría”, ahora obrera o “revolucionaria”, antes burguesa, imponiéndose por la fuerza sobre la mayoría de la población. Precisamente esto es lo que comienza a suceder en la Rusia revolucionaria, fruto de la hambruna generalizada y de los abusos en las requisas de grano en las zonas rurales. Incluso hay momentos en los que las tropas leales al gobierno se sublevan en contra de él, y las principales ciudades se llenan de huelgas y movilizaciones obreras (algunas de las cuales reclaman el regreso del mercado libre)¹⁵¹.

147 *Ibíd.*, pp. 359 y 366.

148 *Ibíd.*, p. 370.

149 *Ibíd.*, p. 368.

150 Véase “La guerra contra el campo”, en Pipes, R., *op.cit.*

151 Véase “El bolchevismo en retirada”, en Figes, O., *op. cit.*,

Entonces, cualquier posibilidad de disolución del poder de Estado en la sociedad –que en realidad es el horizonte y la finalidad de cualquier revolución social–, queda convertida en un imposible político, económico y demográfico. El socialismo, como construcción de nuevas relaciones económicas, no puede ser una construcción estatal ni una decisión administrativa; sino, por encima de todo, una obra mayoritaria, creativa y voluntaria de las propias clases trabajadoras que van tomando en sus manos la experiencia de nuevas maneras de producir y gestionar la riqueza.

En realidad, la restitución de las relaciones de mercado entre productores y empresas, en el comercio de productos al detalle, legaliza algo que nunca había dejado de existir ni en la actividad económica real ni en la cabeza lógica de las personas. Lo que los funcionarios del gobierno hacían durante los años de “comunismo de guerra”, era como caminar en una noche oscura con una linterna. Allí donde su luz alcanzaba a alumbrar, el control estatal se imponía, pero en los alrededores infinitos donde esta luz no llegaba, las relaciones subrepticias del mercado seguían regulando la realidad económica de las personas, por lo que la posibilidad de superación de las leyes del mercado, del valor de cambio, por otras relaciones económicas y no político-coercitivas efímeras, ni siquiera asomaba en lo más mínimo. Las propias reflexiones leninistas mencionan que estas solo podían surgir después de un largo proceso de creación de nuevas formas asociativas de producción y de revoluciones culturales¹⁵² capaces de hallar un correlato a escala mundial.

Por su parte, la fijación de reglas de rentabilidad en las empresas del Estado restituye la función óptima de una empresa estatal; quita el poder económico y político a la burguesía y lo deposita en la sociedad como directamente beneficiada por la estatización; es decir, permite que la sociedad entera (no el administrador estatal

152 Lenin, V. I., “Sobre el cooperativismo” (6 de enero de 1923), en *OC*, T. 36, p. 502.

ni únicamente los trabajadores de la empresa) usufructúe de la riqueza generada. Sin embargo, existen dos degeneraciones de la estatización de las empresas. La primera, que consiste en que los beneficios económicos generados por estas empresas vayan solo a sus trabajadores vía salarios, bonos, redistribución de ganancias, empleo seguro, etc. En ese caso, las empresas nacionalizadas cambian de propietario pero en el fondo siguen beneficiando solo a una minúscula “parte” de la sociedad, a saber, a los trabajadores de esas empresas, que devienen en usufructuarios privados de una propiedad que debería ser común a toda la sociedad. Esta modalidad de nacionalización de facto es una forma ambigua de privatización, que vuelve a anular modos de socialización de los medios de producción y de la riqueza social. Por lo general, las experiencias de autogestión obrera aislada se mueven en el umbral de esta modalidad de privatización corporativa de la riqueza.

Esta degeneración de la nacionalización puede pervertirse aún más en la medida en que los trabajadores de las empresas estatales no solo se apropien privadamente de los recursos que generan como empresa pública, sino que además requieran y absorban los recursos del resto de la sociedad, la riqueza generada en otros centros de trabajo, a través de subvenciones duraderas del Estado. En ese caso, la privatización corporativa de la riqueza productiva deviene también en expropiación privada de riqueza social, que succiona los recursos a la sociedad para mantener los privilegios de un pequeño sector de ella.

La segunda degeneración de la nacionalización consiste en que los administradores de las empresas, los funcionarios públicos encargados de su gestión, utilicen su posición para sustituir decisiones colectivas obreras por monopolios administrativos. Se trata de una acumulación de poder político burocrático que expropia el poder político a los trabajadores. Adicionalmente, dependiendo de las cir-

cunstances, esa posición de poder puede ser aprovechada por los funcionarios para acceder a privilegios en cuanto a remuneraciones, beneficios personales, propiedades, etc. En caso de que estos poderes y beneficios individuales se vayan institucionalizando y sedimentando en el tiempo en un mismo grupo estable de funcionarios públicos, nos encontramos frente a modalidades de formación de una burguesía dentro del Estado¹⁵³.

Una decisión de suma importancia asumida por el gobierno soviético, aunque poco discutida posteriormente por las izquierdas, es el tema de las concesiones a las empresas extranjeras en áreas de trabajo del sector petrolero, minero, maderero, etc.¹⁵⁴. Lo mencionamos aquí, porque el debate en torno a este tema logra redondear el profundo significado de lo que en un principio fue denominado como “retrocesos” de la NEP, pero que en realidad permite delinear, sobre la marcha de la acción colectiva, un camino estratégico respecto a la construcción del socialismo moderno.

¿En qué consistían estas concesiones? En la otorgación al concesionario extranjero, del derecho a desarrollar determinada actividad económica allá donde el Estado revolucionario no contaba con recursos para hacerlo por cuenta propia. El concesionario invertía en tecnología, instalaba la industria, la infraestructura, caminos, etc. y recibía en pago una parte del producto obtenido. La otra parte quedaba en manos del Estado, para su utilización, venta, etc. A fin de garantizarle al concesionario la total compensación por el riesgo y la recuperación de la tecnología invertida, se le otorgaban plazos de concesión prolongados y, después de un tiempo mutuamente acordado, esas inversiones pasaban a poder estatal. La URSS garantizaba “que lo bienes del concesio-

153 Véase Chavance, B., *El sistema económico soviético*, Ed. TALASA, Madrid, 1987.

154 Lenin, V. I., “Carta sobre las concesiones petroleras” (12 de noviembre de 1921), en OC, T. 34, pp. 417-418.

nario, invertidos en la empresa” no iban a ser “sujetos a nacionalización, confiscación ni requisa”¹⁵⁵.

En ese sentido, las justificaciones eran claras: necesidad de dinero para realizar compras de tecnología que permitan implementar planes sociales, como ser la electrificación de toda la población; necesidad de recursos financieros para crear una infraestructura que integre todo el territorio; necesidad de tecnología y recursos para levantar la gran industria estatal; necesidad de conocimientos para fundar nuevas empresas. El Estado revolucionario no disponía de los recursos financieros ni de la tecnología de conocimientos requeridas para todo ello; obtenerlos se presentaba no como una posibilidad de crecimiento, sino fundamentalmente como una obligación a fin de satisfacer las necesidades básicas del pueblo y, a través de ello, garantizar la propia continuidad del proceso revolucionario. Tal será la importancia que se le otorgará a la mejora de las condiciones económicas de la población, y del país en su conjunto, que Lenin casi sentenciará a los comunistas a aprender a manejar la economía, porque de lo contrario el poder soviético no iba a poder existir¹⁵⁶.

De hecho, la caída real del salario de los trabajadores soviéticos a menos del 10 por ciento respecto a 1913; las largas filas para poder conseguir pan; el nomadismo de los obreros que los obliga a ser temporalmente campesinos para poder complementar la alimentación y la hambruna generalizada de esos años; no solo llevan a una creciente separación entre el gobierno soviético y amplios sectores populares, sino a sublevaciones obreras y campesinas que ponen en riesgo la continuidad del gobierno bolchevique que se ve forzado a establecer la ley marcial en las ciudades que anteriormente habían

155 Lenin, V. I. “Reunión con los militantes de la organización del PC(b) de Moscú” (6 de diciembre de 1920), en OC, T. 34, p. 174. También revisar “Informe sobre las concesiones” (6 diciembre de 1920) y “VIII Congreso de toda Rusia de Soviets”, en OC, T. 34, pp. 150-217.

156 Lenin, V. I., “XI Congreso del PC(b)R” (marzo-abril de 1922), en OC, T. 36, p. 242.

sido sus bastiones. El asalto a la fortaleza de Kronstadt¹⁵⁷ representa el epítome de esta riesgosa modificación de la correlación de fuerzas al interior del bloque popular, provocada por la crisis económica y la reducción de la libertad política del “comunismo de guerra”.

Entonces, estabilidad económica, crecimiento económico y revolución mundial se constituyen, en este nuevo punto de la revolución que ya había tomado el poder político, en los temas centrales donde ésta define su destino:

En el mar del pueblo no somos, después de todo, sino una gota en el océano, y sólo podremos dirigir si expresamos con acierto lo que el pueblo piensa. De otro modo el Partido Comunista no conducirá al proletariado, el proletariado no conducirá a las masas, y toda la maquina se vendrá abajo. El pueblo, todas las masas trabajadoras, consideran que lo fundamental en este momento es ayudarlas a salir de las necesidades y el hambre extremas... No pudimos implantar la distribución comunista directa. Nos faltaban fábricas y la maquinaria necesaria para equiparlas. Por consiguiente debemos proveer a los campesinos de lo que necesitan por medio del comercio, y proveerlos tan bien como los capitalistas, pues en caso contrario el pueblo no soportará esa administración. Esa es la clave de la situación.¹⁵⁸

En su debate en contra del ultra izquierdismo que le reprocha el hacer demasiadas concesiones a los capitalistas en detrimento de las expropiaciones, Lenin argumenta que dadas las circunstancias del poder del Estado en manos de las clases trabajadoras, el ocuparse por mejorar el desarrollo de la industria y la agricultura, “incluso sin las cooperativas o sin transformar directamente este capitalismo en capitalismo de Estado”, contribuirá infinitamente

157 Véase Avrich, P., *Kronstadt 1921*, Colección Utopía Libertaria, Argentina, 2005; Berkman, A., *La rebelión de Kronstadt*, La Malatesta Editorial, Madrid, 2011.

158 Lenin, V. I., “XI Congreso del PC(b)R” (marzo-abril de 1922), en OC, T. 36, p. 272.

más a la construcción socialista, que el estar divagando sobre “la pureza del comunismo”¹⁵⁹.

¡Claro! Antes de cualquier revolución, la tarea de los revolucionarios ha de centrarse en la construcción de ideas con capacidad de resumir las tendencias sociales y de movilizar las capacidades auto-organizativas de la sociedad. La lucha por un nuevo sentido común y estructuras organizativas de las clases laboriosas son las tareas fundamentales en el proceso revolucionario; esto es, el impulso a convertir la fuerza de movilización autónoma de la sociedad en poder político capaz de desmontar las estructuras de poder de las antiguas clases dominantes. Pero una vez pasado ese *punto de bifurcación* o *momento jacobino*, el orden de prioridades cambia: la economía, la mejora de condiciones de vida de la mayoría de la población laboriosa, y la creación de condiciones estrictamente económicas de regulación y planificación ocupan ahora el puesto de mando para garantizar la continuidad del proceso revolucionario y del poder político de las clases trabajadoras. Una vez garantizada esa continuidad, es posible pasar, inmediatamente, a la construcción de nuevas formas comunitarias de producción y a continuas revoluciones culturales, que vayan modificando los hábitos y comportamientos individuales de la sociedad y refuercen a esas formas comunitarias; eso hasta el momento en que nuevas experiencias revolucionarias a nivel mundial permitan crear las condiciones materiales para la construcción de un comunismo planetario.

La economía y la revolución mundial representan entonces las preocupaciones post insurreccionales. Refiriéndose nuevamente a las concesiones, Lenin señala:

Cada concesión será indudablemente un nuevo tipo de guerra – una guerra económica–, la lucha elevada a otro plano (...) [pero]

159 Lenin, V. I. “El impuesto en especie” (21 de abril de 1921), en OC, T. 35, p. 228.

no podemos plantear seriamente la idea de un mejoramiento inmediato de la situación económica sin aplicar una política de concesiones... debemos estar preparados para aceptar sacrificios, privaciones e inconvenientes, debemos estar dispuestos a romper con nuestras costumbres, posiblemente también con nuestras manías, con el único propósito de llevar a cabo un cambio notable y mejorar la situación económica en las ramas principales de la industria. Eso hay que lograrlo a toda costa.¹⁶⁰

Y respecto a los peligros que pudiera representar estas concesiones al capital extranjero, responde:

¿No es peligroso recurrir a los capitalistas? ¿No significa eso un desarrollo del capitalismo? Sí, significa un desarrollo del capitalismo, pero no es peligroso, porque el poder seguirá en manos de los obreros y campesinos, y los terratenientes y capitalistas no recuperarán sus propiedades... El gobierno soviético vigilará que el capitalista arrendatario cumpla el contrato, que el contrato nos resulte ventajoso, y que, como resultado, mejore la situación de los obreros y campesinos. En tales condiciones, el desarrollo del capitalismo no es peligroso, y el beneficio para los obreros y campesinos está en la obtención de una mayor cantidad de productos¹⁶¹.

El problema fundamental de toda revolución es el poder, escribe Lenin pocos días antes de la insurrección de octubre¹⁶². Y esta tesis organizadora la mantiene y refuerza en el momento del desarrollo económico de la revolución. Se puede retroceder en la tolerancia de determinadas actividades económicas secundarias en manos de los sectores empresariales para garantizar el abaste-

160 Lenin, V. I., "Reunión del grupo comunista del Consejo Central de Sindicatos de toda Rusia" (11 de abril de 1921), en *OC*, T. 35, pp. 171 y 158.

161 Lenin, V. I., "Discursos grabados en discos" (25 de abril de 1921), en *OC*, T. 35, p. 242.

162 Lenin, V. I. "Uno de los problemas fundamentales de la revolución" (14 de septiembre de 1917), en *OC*, T. 26, p. 449.

cimiento de insumos para la industria y la pequeña agricultura. Se puede aceptar la presencia de los capitalistas extranjeros a fin de obtener el financiamiento y la tecnología necesaria para el país. Se puede convivir con las relaciones de mercado en tanto se preparan las condiciones económicas para otras formas de intercambio. Es posible aceptar todo ello, forzados por las circunstancias del cerco extranjero, del atraso tecnológico del país, de la necesidad de garantizar condiciones de vida favorables para los trabajadores. Es posible solo si nos ayuda a mantener el poder político en manos del bloque de poder revolucionario. Porque en la medida en que le brinda permanencia y estabilidad al poder revolucionario, se gana tiempo para crear las circunstancias materiales y culturales que al final harán posible la continuidad del proceso revolucionario socialista: formas asociativas y comunitarias de producción que deben brotar de la experiencia voluntaria de los trabajadores; modos crecientes de democratización de las funciones públicas; transformación cultural y cognitiva de las clases laboriosas que superen las estructuras mentales individualistas heredadas del viejo régimen y que incluso ayuden a restablecer el metabolismo mutuamente vivificante entre el ser humano y la naturaleza¹⁶³.

Entonces, el tiempo se constituye en el bien más preciado que una revolución necesita para llevar adelante, una y otra vez, el aprendizaje práctico de las clases laboriosas en el esfuerzo de crear nuevas condiciones de trabajo comunitario que, por definición, tienen que surgir de las propias experiencias de los trabajadores y no de las decisiones administrativas del Estado, por muy revolucionario que este sea. Al fin y al cabo, el comunismo es una sociedad cons-

163 Sobre la relación hombre y naturaleza, que recorre las preocupaciones de Marx a lo largo de su vida, véase, Marx, "Manuscritos económico-filosóficos de 1844", en *Escritos económicos varios*, FCE, México, 1975, pp. 66-68; "Formas que preceden a la producción capitalista", en *Grundrisse 1857-1858*, Vol. 1, México, 1985; *El capital*, T. 1, Siglo XXI Editores, México, 1987, pp. 610-613; *Apuntes etnológicos de Karl Marx*, Siglo XXI/ Pablo Iglesias Editorial, España, 1988.

truida en común por la propia sociedad laboriosa y no un dictamen administrativo.

El tiempo es necesario para abrir resquicios de comunismo a través de la actividad práctica de los trabajadores en el ámbito de la producción y el consumo; para aprender las experiencias de los errores de otras experiencias colectivas previas y volver a lanzarse con mayor vigor en la construcción de esta red de trabajo y conducción común de la economía; para transformar las mentalidades de las personas y hacer surgir nuevos seres humanos portadores de nuevas aptitudes culturales rumbo al comunismo; para superar la apatía de las clases plebeyas, que se presenta una vez que se alcanzan los primeros logros y llega el descenso de las oleadas de la revolución¹⁶⁴; para remontar, con una nueva oleada de movilizaciones sociales, los corporativismos y las desviaciones de una parte de las elites dirigenciales laborales que buscan usufructuar, individual o sectorialmente, de las posiciones de poder que ocupan en el nuevo Estado; en fin, para esperar el despliegue de revoluciones en otras partes del mundo, sin cuya presencia, cualquier intento de revolución en cualquier país, a la larga, es impotente y está condenado al fracaso; para apoyar los cambios en los otros Estados y las otras economías del mundo con las que, de manera inevitable, un Estado revolucionario mantiene vínculos de compra de tecnología, de exportaciones, de transacciones financieras, de intercambios culturales, de las cuales es imposible sustraerse, incluidas las determinaciones de división internacional del trabajo.

164 Ya para julio de 1917, en Petrogrado, de los más de 1000 delegados del soviets, “solo 400 o 500 asisten a sus reuniones “. De los más de 800 soviets registrados, para octubre “muchos de ellos ya no existían o solo existían sobre el papel. Los informes de las provincias indicaban que los soviets estaban perdiendo prestigio e influencia (...) y en Petrogrado y Moscú, ya no representaban toda la ‘democracia’, porque muchos intelectuales y obreros se habían alejado de ellos”. Pipes, R., *op. cit.* p. 508. A inicios de 1918, “la disolución de la Asamblea (Constituyente) fue recibida con sorprendente indiferencia; no hubo nada parecido al furor que en 1789 habían provocado los rumores de que Luis XVI pretendía disolver la asamblea nacional, precipitando la toma de la Bastilla. Tras un año de anarquía, Rusia estaba exhausta; todos anhelaban la paz y el orden, sin importar como se consiguieran”. *Ibíd.*, p. 600.

Por ello, la crítica de los ideólogos, cuyo aprendizaje sobre la historia de las revoluciones se nutre únicamente de “The History Channel”, que demandan a las experiencias revolucionarias la desconexión del mercado mundial o la ruptura de la división internacional del trabajo, resulta ridícula y demagógica.

¿Dónde se consigue la tecnología para la industria minera o hidrocarbúfera? ¿Dónde se exportan las materias primas, los alimentos y los productos elaborados que un país produce, si no es a los mercados extranjeros? ¿Dónde se obtiene la tecnología de comunicación o los conocimientos científicos que el país necesita, si no es del mercado mundial? ¿Dónde se accede a los recursos financieros para crear infraestructura o nuevas industrias? ¿Dónde se comercializan los productos de las propias empresas nacionalizadas, que no se consumen internamente? Hoy, ninguna economía es autárquica ni jamás podrá serlo, a no ser que se quiera regresar a las condiciones de vida del siglo XVI. Ningún país está al margen del mercado mundial, esto es, de la trama de intercambios del trabajo humano que tupe el planeta con infinidad de vínculos financieros, técnicos, cognitivos, culturales, lingüísticos, comunicacionales, consuntivos. Una maquinaria, un micrófono, un televisor, un automóvil, el asfalto, una lámpara, un celular, las computadoras, los programas, la ciencia, las matemáticas, la cultura, el cine, el Internet, la literatura, un libro, un traje, una bebida, la historia, todo, absolutamente todo lo que usamos a diario, está interconectado con lo que producimos acá y con lo que se produce en Estados Unidos, China, Japón, India, Brasil, Argentina, Alemania etc. El mundo está entrelazado. Hoy, el mundo es producto del mismo mundo y ningún país puede quedar ya al margen de esta obra colectiva.

Este hecho material no desaparecerá por mucho que mezclemos palabras como “soberanía”, “revolución” “anarquía”, o las que fueren. Por eso precisamente, es imposible que el comunismo triunfe

en un solo país –es un contrasentido– pues es una comunidad universal que solo podrá existir y triunfar de manera mundial, planetaria, universal. Pero así como el comunismo o es mundial o no es nada, no existe revolución alguna que pueda “salirse” de ese mercado mundial, de las relaciones y flujos de la división internacional del trabajo. Al informar al Congreso de los soviets sobre la necesidad de obtener tecnología y recursos del mercado mundial, a fin de garantizar la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores, Lenin afirma taxativamente: “la República socialista... no puede existir sin vínculos con el mundo”¹⁶⁵. El lugar que una nación ocupa en la red de la división internacional del trabajo se puede modificar, pero jamás salir de ella. Una nueva división internacional del trabajo, o quizá su extinción como división, únicamente podrá ser fruto de una revolución mundial, que es a lo que precisamente cada revolución local debe apuntalar.

En definitiva, una vez que estalla por circunstancias excepcionales en algún país, lo que una revolución social necesita es tiempo, tiempo y más tiempo. Tiempo para aguardar el estallido de otras revoluciones en otros países, a fin de no quedar aislada e impotente frente a las exigencias de una nueva economía y de una nueva sociedad que solo podrá construirse a escala mundial. Tiempo para convertir el poder cultural, la hegemonía política y la capacidad de movilización popular, que le llevaron a la toma del poder de Estado, en formas organizativas comunitarias y cooperativas en la producción, en el comercio. “Para nosotros el simple desarrollo de la cooperación... se identifica con el desarrollo del socialismo”¹⁶⁶, reitera obsesivamente Lenin en los últimos escritos antes de su muerte. El Estado revolucionario puede imponer cosas o prohibirlas; es parte del poder político que monopoliza. Incluso puede modificar la pro-

165 Lenin, V. I., “Reunión del grupo comunista del CCS” (11 de abril de 1921), en *OC*, T. 35, p. 171.

166 Lenin, V. I., “Sobre el cooperativismo (mayo de 1923), en *OC*, T. 36, p. 502. Sobre la importancia dada por Marx a las cooperativas, véase Marx, “trabajo cooperativo”, Resolución elaborada por Marx y aprobada en el congreso de la Asociación Internacional del Trabajo

piedad de los bienes y concentrar la propiedad del dinero. Se trata de acciones políticas que influyen en las acciones económicas. Pero lo que no puede hacer es construir relaciones económicas duraderas; y menos aún relaciones económicas comunitarias capaces de superar la lógica del valor de cambio. Eso solo puede ser una creación social, una creación colectiva de los propios productores.

El Estado es por definición monopolio; el comunismo es por definición creación común de riqueza común: la antítesis del Estado. Entonces, el trabajo asociado, cooperativo, común solo puede ser una creación gradual, compleja y con continuos ascensos y descensos logrados directamente por los trabajadores de varios, y luego de muchos, centros de trabajo. Eso requiere tiempo. Tiempo para desplegar por oleadas los modos de ocupación democrática de los trabajadores, de la sociedad entera, de las grandes decisiones del Estado y, ante todo, de los centros de producción fundamentales. Tiempo para superar el individualismo burgués, pero principalmente el corporativismo laboral que reintroduce el individualismo de clase y la privatización en las decisiones estatales y laborales. Tiempo para transformar los esquemas lógicos y morales de las clases trabajadoras –heredados de la vieja sociedad burguesa– y construir colectivamente, con numerosas revoluciones culturales de por medio, nuevos sentidos comunes y esquemas mentales que reestructuren los sistemas de valor de la vida cotidiana de la sociedad entera. Tiempo para desmontar los poderes monopolizados por el Estado a fin de diluirlo en la sociedad. Todo eso requiere que la propia sociedad atraviese la experiencia de la construcción de decisiones comunes sobre su vida en común, la invención de tecnologías sociales aún inexistentes que articulen a la totalidad de la sociedad en las decisiones sobre esos asuntos comunes; y lo más importante,

(AIT), Ginebra, 1866”, en Marx, K., Engels, F., *El sindicalismo: teoría, organización y actividad*, Editorial Laia, Barcelona 1976. También Marx, C., “Llamamiento del concejo general de la AIT a las secciones, sociedades filiales y a todos los obreros” (septiembre de 1867), en Marx, C., Engels, F., *La Internacional*, FCE, México, 1988.

que todas estas nuevas prácticas sociales se desplieguen no como hechos extraordinarios, insurreccionales, sino como hechos rutinarios, como lo son la decisión de alimentarse o descansar.

Desde este punto de vista, la revolución se presenta como la conquista de tiempo para la sincronía universal de la emancipación de las clases plebeyas y de los pueblos del mundo. La función del Estado “revolucionario” no es crear el socialismo ni mucho menos el comunismo. Eso sencillamente no puede hacerlo. Eso escapa al objeto fundante de su existencia como Estado. Lo único que puede hacer el Estado, por muy revolucionario que sea, es dilatar, habilitar y proteger el tiempo para que la sociedad, en estado de autodeterminación, en lucha, en medio, por arriba, por abajo y entre los intersticios del capitalismo predominante, despliegue múltiples formas de creatividad histórica emancipativa y construya espacios de comunidad en la producción, en el conocimiento, en el intercambio, en la cultura, en la vida cotidiana; para que fracase y lo vuelva a intentar muchas veces, de manera más amplia y mejor; para que invente, desde las grietas del capitalismo, espacios irradiantes de comunidad y de cooperación voluntaria en todas las esferas de la vida; para que los desmantele a medio camino; para que haga todo eso una y otra y otra vez, hasta que, llegado un momento, las sincronías de múltiples comunidades brotando por todos lados, en todos los países, rebasen el *umbral de orden*, y lo que eran espacios nacidos en las grietas de la sociedad dominante, devengan en espacios plenos, universales, irradiadores de una nueva sociedad, de una nueva civilización que reproduzca nuevas formas de comunidad, pero ya no como una lucha a muerte del capitalismo, sino como el libre y normal despliegue de la iniciativa humana. Eso es el comunismo.

El Estado no puede crear comunidad, porque es la antítesis perfecta de la comunidad. El Estado no puede inventar relaciones económicas comunistas, porque ellas solo surgen como iniciativas sociales

autónomas. El Estado no puede instituir la cooperación, porque ella solo brota como libre acción social de producción de los comunes. El Estado por sí mismo es incapaz de restablecer el metabolismo mutuamente vivificante entre ser humano y naturaleza. Si alguien ha de construir comunismo es la propia sociedad en automovimiento, a partir de su experiencia, sus fracasos y sus luchas. Y tendrá que hacerlo en el ambiente adverso de predominancia agresiva de la sociedad capitalista. A diferencia de las revoluciones burguesas precedentes, que contaron con condiciones muchísimo más favorables pues las relaciones económicas burguesas florecieron al interior de la vieja sociedad tradicional durante varios siglos previos¹⁶⁷, las revoluciones sociales se enfrentan a una estructura capitalista universalizada; y las nuevas relaciones económicas y políticas comunistas recién se desarrollarán, a partir del estallido revolucionario, en lucha a muerte con las relaciones capitalistas dominantes. De hecho, la revolución social en realidad abre el espacio temporal para el despliegue intersticial, fragmentado, dificultoso, permanentemente asediado, del crecimiento de las nuevas relaciones comunistas en la política, economía y cultura, en medio de un predominio generalizado, debilitado y en crisis, pero aún dominante, de las relaciones capitalistas de producción. Al resumir la experiencia de la revolución soviética sobre este debate, Lenin argumenta:

Teóricamente no cabe duda que entre el capitalismo y el comunismo media determinado periodo de transición que debe combinar los rasgos y las propiedades de estas dos formas de economía social. Este periodo de transición tiene que ser por fuerza un periodo de lucha entre el capitalismo agonizante y el comunismo naciente, o, en otras palabras, entre el capitalismo que ha sido derrotado, pero no destruido, y el comunismo que ha nacido pero que es todavía débil.¹⁶⁸

167 Lenin, V. I., "Séptimo Congreso extraordinario del PC(b)R" (marzo de 1918), en OC, T. 28, p. 295.

168 Lenin, V. I., "Economía y política en la época de la dictadura del proletariado" (30 de octubre de 1919), en OC, T. 32, p. 84.

En definitiva, el socialismo es este periodo histórico contradictorio y de antagonismo desatado entre relaciones capitalistas dominantes en todas las esferas de la vida, y relaciones sociales comunistas emergentes, que la sociedad laboriosa ensaya e intenta desplegar una y otra vez, de manera intersticial, fragmentada e intermitente, por diversos caminos, en todos los terrenos de la vida. En todo ello, lo único que el Estado revolucionario hace es proteger estas iniciativas antiestatales, comunitarias, cooperativas; apoyarlas y brindarles tiempo mediante la mejora de las condiciones de vida de las clases trabajadoras, de manera que puedan desarrollarse e irradiarse hasta un tiempo y momento en que traspasen el *umbral de orden* que sincronice con las múltiples construcciones comunistas de otros países y otros continentes, en un movimiento universal irreversible. El concepto central de “dictadura del proletariado”¹⁶⁹ debe ser entendido así: como el uso coercitivo del poder de Estado de las clases laboriosas frente a las clases y las costumbres burguesas para proteger, dar tiempo y apoyar las iniciativas comunitarias, comunistas, que esas clases laboriosas son capaces de experimentar y de crear.

En síntesis, el socialismo es un larguísimo periodo histórico de intenso antagonismo social, en el que, en lo económico, las relaciones capitalistas de producción y la lógica del valor de cambio siguen vigentes, pero que, en su interior, desde sus entrañas, en el ámbito local, nacional, surgen una y otra y otra vez incipientes, intersticiales y fragmentadas formas de trabajo comunitario, asociado, que pugnan por expandirse a escalas regionales y nacionales. En tanto que en lo político, las clases laboriosas toman/ construyen el poder de Estado, lo que significa que impulsan, en oleadas sucesivas, múl-

169 Marx y otros, “Reglamento de la sociedad universal de los comunistas revolucionarios”, en Manuel Quiroga y Daniel Gaido, Karl Marx sobre la dictadura del proletariado y la revolución en permanencia. Dos documentos del año 1850; en Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda, Numero 1, 2012, Argentina. También Marx, K., *Crítica del programa de Gotha*, en OE, T.3; Balivar, E., *Sobre la dictadura del proletariado*, Siglo XXI Editores, México, 1979.

tiples modalidades de democratización absoluta de la gestión, de la administración de los asuntos comunes; y todo ello para respaldar, proteger e irradiar esas experiencias comunitarias/comunistas en la economía que, de manera reiterada, con fracasos y nuevos resurgimientos, impulsan las clases trabajadoras. El socialismo no es pues un modo de producción ni un destino. Es un espacio histórico de intensas luchas de clases en las que los trabajadores se valen del poder de Estado para proteger e irradiar las iniciativas económicas comunistas/comunitarias que ellos mismos son capaces de construir por iniciativa libre y asociada. La victoria del socialismo es su extinción para dar lugar a la sociedad comunista. Y si esto se da, inevitablemente deberá ser un hecho mundial.

¿Qué sucedió después con la revolución soviética? ¿Por qué fracasó? En general, toda revolución social que no ensambla con otras revoluciones sociales a escala mundial, tarde o temprano fracasa y habrá de fracasar de manera inevitable. Por sí sola, inexorablemente se verá conducida al fracaso en su intento por construir el comunismo; aunque ciertamente durante todo el tiempo del despliegue de su desarrollo puedan lograrse grandes e irreversibles conquistas sociales, laborales y materiales para la población trabajadora no solo del país insurrecto, sino de todos los países del mundo, motivados por la presencia –amenazante para las burguesías o estimulante para las clases trabajadoras– de la revolución socialista en marcha. Ante la inexistencia de una propagación mundial, las revoluciones sociales emergentes prolongan su permanencia dependiendo de la actitud frente a los factores de contenido revolucionario.

Si el Estado asume el protagonismo de los cambios y las decisiones sociales, el fracaso es más inminente y rápido. Si la sociedad laboriosa asume gradual e intermitentemente el protagonismo democrático en la toma de decisiones cotidianas del país, el fracaso se aleja. Si el Estado toma coercitivamente el mando en la construc-

ción de relaciones asociativas en la producción, el fracaso toca las puertas. Si las clases laboriosas construyen y deconstruyen para volver a construir nuevas y crecientes formas expansivas de trabajo comunitario, asociativo, el fracaso se diluye por un buen tiempo. Si el Estado no puede garantizar mejoras en las condiciones de vida o promover continuas revoluciones culturales que revitalicen las oleadas revolucionarias, el fin de la revolución se acerca. Si el poder de Estado se mantiene en manos de las clases trabajadoras, de sus organizaciones vitales que ayudan a desbrozar el camino de la libre iniciativa del pueblo trabajador, las posibilidades de la continuidad revolucionaria se amplían mucho más.

Una vez cumplidos sus 10 primeros años, el curso de la revolución soviética justamente va inclinándose por cada una de las dualidades negativas arriba señaladas: concentración del poder de Estado en manos del partido y expropiación gradual del poder de manos de las organizaciones sociales; impulso burocrático de formas asociativas de trabajo que anulan la capacidad creadora de la propia sociedad en la construcción de nuevas relaciones económicas. Es así que, desafortunadamente, a inicios de la década de los 30, la Revolución de Octubre finaliza dando lugar a una compleja constitución imperial, primero, y estatal-nacional, después¹⁷⁰.

¿Qué queda ahora de esta revolución? La experiencia más prolongada, en la historia contemporánea, de una revolución social, de sus potencialidades organizativas, de sus iniciativas prácticas, de sus logros sociales, de sus características internas y dinámicas generales que pueden volverse a repetir en cualquier otra nueva ola revolucionaria. Pero también queda y nos hereda sus dificultades en la

170 Sobre el curso de la Rusia soviética, véase Chavance, B., *op. cit.*; Bettelheim, Ch. *Les luttes de classes en URSS 3 période 1930-1941*, Éditions du Seuil-Maspero, París, 1983; Chamberlain, W. H., *The Russian Revolution*, 2 vols., Macmillan, New York, 1935; Sorlin, P., *La sociedad soviética 1917-1964*, Vicens Vives, Barcelona, 1967. Y, por supuesto, los 7 libros de E. H. Carr sobre la historia de la revolución rusa.

construcción de alianzas; sus desviaciones corporativas, burocráticas, privatistas; sus límites que finalmente la llevaron a la derrota. Queda, entonces, el fracaso de la revolución, su derrota.

Hoy recordamos la revolución soviética porque existió, porque por un segundo en la historia despertó en los plebeyos del mundo la esperanza de que era posible construir otra sociedad, distinta a la capitalista vigente, en base a la lucha y la comunidad en marcha de la sociedad laboriosa. Pero también la recordamos porque fracasó de manera estrepitosa, devorando las esperanzas de toda una generación de clases subalternas. Y hoy diseccionamos las condiciones de ese fracaso porque justamente queremos que las próximas revoluciones, que inevitablemente estallan y estallarán, no fracasen ni cometan los mismos errores que ella cometió; es decir, que avancen uno, diez o mil pasos más allá de lo que ella –con su ingenua audacia– logró avanzar.

A 100 años de la revolución soviética, continuamos hablando de ella porque añoramos y necesitamos nuevas revoluciones; porque nuevas revoluciones que dignifiquen al ser humano como un ser universal, común, comunitario, vendrán. Y esas revoluciones venideras que toquen el alma creativa de los trabajadores no podrán ni deberán ser una repetición de lo acontecido hace un siglo atrás; tendrán que ser mejores que ella, avanzar mucho más que ella y superar los límites que ella engendró, precisamente porque fracasó y, al hacerlo, nos dio a las siguientes generaciones, las herramientas intelectuales y prácticas para no volver a fracasar, o, al menos, para no hacerlo por las mismas circunstancias por las que ella fracasó.

BIBLIOGRAFÍA

ARON, R., (2015). *Introducción a la filosofía política: Democracia y revolución*. España: Editorial Página Indómita.

AVRICH, P., (2005). *Kronstadt 1921*. Argentina: Colección Utopía Libertaria.

BADIOU, A., (2010). *The communist Hypothesis*. New York: Verso, London-New York.

BALIBAR, É., (2015). *Sobre la dictadura del proletariado*. España: Siglo XXI Editores.

BATAILLE, G., (1987). *La parte maldita*. Barcelona: Editorial Icaria.

BEBEL, A., (1977). *La mujer y el socialismo*. Madrid: Editorial Akal.

BERKMAN, A., (2011). *La rebelión de Kronstadt*. Madrid: Editorial La Malatesta.

BETTELHEIM, Ch., (1983). *Les luttes de classes en URSS 3 période 1930-1941*. París: Éditions du Seuil-Maspero.

- _____, (1980) *Las luchas de clases en la URSS. Segundo periodo, 1923-1930*. México: Siglo XXI Editores.
- BOSTEELS, B., (2014). *The actuality of communism*. New York: Verso, London-New York.
- BOURDIEU, P., (1999). *Meditaciones pascalianas*. España: Editorial Anagrama.
- BUKHARIN, N., (1967). *The Path to Socialism en Russia*. New York: Omicron Books.
- CARR, E. H., (2014). *La revolución rusa*. Madrid: Editorial Alianza.
- _____, (1993). *¿Qué es la Historia?* Buenos Aires: Editorial Planeta.
- _____, (1987). *La morte di lenin l'interregno 1923-1924*. España: Editorial Alianza.
- _____, (1981). *La revolución rusa: de Lenin a Stalin, 1917-1929*. Madrid: Editorial Alianza.
- _____, (1978). *Historia de la Rusia soviética. La Revolución bolchevique (1917-1923)*. Madrid: Editorial Alianza.
- _____, (1977). *Historia de la Rusia Soviética*. 14 Tomos. Madrid: Editorial Alianza.
- _____, (1974). *El socialismo en un solo país 1924-1926. Tomo I. Historia de la Rusia soviética*. Madrid: Editorial Alianza.
- _____, (1972). *Dostoievski 1821-1881. Lectura crítico-biográfica*. Barcelona: Editorial ilustrada.

CHAMBERLAIN, W. H., (1935). *The Russian Revolution, 1917 - 1921*. New York: Editorial Macmillan.

CHAVANCE, B., (1987). *El sistema económico soviético*, Madrid: Editorial TALASA.

DEAN, J., (2013). *El horizonte comunista*, Barcelona: Bellaterra Ediciones.

DURKHEIM, É., (1982). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Editorial Akal.

EISENSTEIN, S., & GRIGORI A., (1928). *Oktyabr* [Película cinematográfica]. Rusia: Productora Sovkino.

ENGELS, F., (1980). *Anti – Dühring*. México. Ediciones de Cultura Popular.

FIGES, O., (2006). *La Revolución rusa 1891-1924: La tragedia de un pueblo*. Barcelona: Editorial Edhasa.

GARCÍA LINERA, Á., (6 de agosto de 2016). *La nueva composición orgánica plebeya de la vida política en Bolivia*: discurso en la Solemne Sesión de Honor en conmemoración a los 191 años de independencia de Bolivia. Solemne Sesión organizada por la Asamblea Legislativa Plurinacional, Tarija.

_____, (2014). *Identidad boliviana. Nación, mestizaje y plurinacionalidad*. La Paz: Vicepresidencia del Estado.

_____, (2011). *Las tensiones creativas de la revolución. La quinta fase del Proceso de Cambio*. La Paz: Vicepresidencia del Estado.

- GOFFMAN, E., (1961). *Encounters: Two Studies in the Sociology of Interaction*. Indianapolis: Company, Inc.
- GRAMSCI, A., (2004). *Antología*. Argentina: Siglo XXI Editores.
- _____, (1984). *Cuadernos de la Cárcel*. Distrito Federal de México: Ediciones ERA.
- GRAMSCI, A., (1980) *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado Moderno*. Madrid: Ediciones Nueva Visión.
- _____, (1973). *Democracia obrera y socialismo*. Revista trimestral Pasado y presente, Año IV, Argentina: Edigraf.
- HABERMAS, J., (2010). *Facticidad y validez*. Madrid: Editorial Trotta.
- HOBBSAWM, E., (1994). *Historia del siglo XX 1914-1991*. Barcelona: Editorial Crítica.
- JONES, M., (1995). *Electoral Laws and the survival of presidential democracies*. Notre Dame: University of Notre Dame Press.
- KAUTSKY, K., (1978). *La revolución social: El camino del poder*. Cuadernos de Pasado y Presente, No 68. México: Editor Pasado y Presente.
- KORSCH, K., (1975). *¿Qué es la socialización?* España: Editorial Ariel.
- LAWRENCE K., (1988) *Apuntes etnológicos de Karl Marx*. España: Editorial Siglo XXI.
- LENIN, V. I., (1978). *Obras Completas*, 50 tomos. México: Ediciones Salvador Allende.

LEWIN, M., (2006). *El siglo soviético. ¿Qué sucedió realmente en la Unión Soviética?* Barcelona: Editorial Crítica.

LINTON, R., (1936). *The Study of Man. An introduction*, Nueva York: Applèton-Century-Crofts, Inc.

LUXEMBURGO, R., (2007) *La revolución Rusa*. Berlín: Editorial Karl Dietz Berlin.

_____, (1976). *Reforma o Revolución*. Buenos Aires: Ediciones Pluma.

MARX, K., (2003). *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Madrid: Fundación Federico Engels.

_____, *La guerra civil en Francia*. Madrid, Fundación Federico Engels, 2003; *La guerra civil en Francia*, en K Marx y F Engels, *Obras escogidas*, vol. 1, Madrid, Akal, 2016, pp.491-571.

_____, *El capital*, Tres tomos en 8 vols., trad. y notas de Pedro Scaron *et al.*, México, Siglo XXI, 1987 [reed. en tres únicos volúmenes, Madrid, Siglo XXI, 2017; para una práctica edición en bolsillo, véase *El capital*, 8 vols., trad. y notas de Vicente Romano, Madrid, Akal, 2000]

_____, (1987). *Miseria de la filosofía. Respuesta a la filosofía de la miseria de Proudhon*. México: Siglo XXI Editores.

_____, (1985). *Grundrisse. Lineamientos fundamentales para la crítica de la economía política 1857-1858*. México: Editorial Fondo de Cultura Económica.

_____, *Las luchas de clases en Francia de 1848-1850*. Editorial Progreso, 1979. Francia.

MARX, K. & ENGELS, F., (2010). *Collected Works*. Lawrence & Wishart Ltd. Electric Book, Londres: Digital Edition.

_____, (1988). *Friedrich, Obras Fundamentales*. México: Editorial Fondo de Cultura Económica.

_____, (1988). *La Internacional*. México: Editorial Fondo de Cultura Económica.

_____, (1981). *Sobre la revolución de 1848 – 1849*. Moscú: Editorial Progreso.

_____, (1976). *El sindicalismo: teoría, organización y actividad*. Barcelona: Editorial Laia.

_____, (1975). *Escritos económicos varios*. México: Editorial Fondo de Cultura Económica.

_____, (1974). *Obras Escogidas*, Tres tomos. Moscú: Editorial Progreso.

_____, (1974). *La ideología alemana*. México: Ediciones de Cultura Popular.

_____, (1974). *Manifiesto del Partido Comunista*. Moscú: Editorial Progreso.

NEGRI, T., (2007). *Goodbye Mr. Socialis: Las crisis de la izquierda y los nuevos movimientos revolucionarios*. España: Editorial Paidós Iberica.

- PIPES, R., (1992). *La Revolución rusa*. España: Editorial Debate.
- QUIROGA, M. & GAIDO, D., (2012). *Karl Marx sobre la dictadura del proletariado y la revolución en permanencia. Dos documentos del año 1850*. Archivos de historia del Movimiento Obrero y la izquierda, Numero 1. Argentina.
- RANCIÈRE, J., (2011). *El tiempo de la igualdad. Diálogos sobre política y estética*. Barcelona: Editorial Herder.
- SARTRE, J. P., (2004). *Crítica de la razón dialéctica I*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- SERGE, V., (1967). *El año I de la Revolución Rusa*. España: Editorial Siglo XXI.
- SORLIN, P., (1967). *La sociedad soviética 1917-1964*. Barcelona: Editorial Vicens Vives.
- TARIQ, A., (2012). *La idea de comunismo*. Madrid: Editorial Alianza.
- TROTSKY, L., (1.932). *Historia de la revolución rusa*, Recuperado de { <http://www.marxistsfr.org/espanol/trotsky/1932/histrev/tomo1/index.htm>}
- WERTH, N., (2013). *¿Qué sais-je? Histoire de l'Unionsoviétique de Lénine à Staline (1917-1953)*, Paris: Presses Universitaires de France.

